

[E r n e s t M a n d e l]

La teoría leninista de la organización

Digitalizado por: **Revolta Global**

Más información y textos de Ernest Mandel en www.revoltaglobal.net

Índice

Ideología burguesa y conciencia de clase proletaria	[4]
Lucha y conciencia de clase proletarias	[8]
La vanguardia revolucionaria y las acciones espontáneas de masas	[14]
Organización, burocracia y acción revolucionaria	[16]
Teoría de la organización, programa revolucionario y práctica revolucionaria	[18]
Teoría organizativa, centralismo democrático y democracia soviética	[20]
Sociología del economismo, burocratismo y espontaneísmo	[23]
Intelectualidad científica, ciencia social y conciencia proletaria	[27]
Pedagogía histórica y comunicación de la conciencia de clase	[29]

Únicamente es posible una discusión seria sobre la importancia histórica y la importancia actual de la teoría leninista sobre organización si se determina la posición exacta de esta teoría en la historia del marxismo —o para ser más preciso, en el proceso histórico de la exposición y desarrollo del marxismo. Este, como cualquier proceso, debe ser reducido a sus contradicciones internas a través de la interrelación íntima entre el desarrollo de la teoría y el desarrollo de la lucha de clase proletaria.

Considerada en este sentido, la teoría leninista sobre organización aparece como una unidad dialéctica de tres elementos: una teoría de la importancia presente de la revolución para los países subdesarrollados en la época imperialista (que más tarde fue extendida para aplicarse en todo el mundo durante la época de la crisis general del capitalismo); una teoría del desarrollo discontinuo y contradictorio de la conciencia de clase del proletariado y de sus etapas más importantes, que deben ser diferenciadas unas de otras; y una teoría de la esencia de la teoría marxista y su relación específica con la ciencia por una parte, y la lucha de clases proletaria por la otra.

Observando más de cerca, se descubre que estas tres teorías integran, por decirlo así, la “base social” del concepto leninista sobre organización, sin la cual éste aparecería como arbitrario, no materialista y no científico. El concepto leninista del partido no es el único posible. Es, sin embargo, el único concepto posible del partido que asigne al partido de vanguardia el papel histórico de dirigir la revolución que se considera, a corto o largo plazo, como inevitable. El concepto leninista del partido no puede ser separado del análisis específico de la conciencia de la clase proletaria, o sea, de comprender que la conciencia *política* de clase —opuesta a la mera conciencia “sindicalista” o “de oficio” no se desarrolla ni espontánea ni automáticamente de los desarrollos objetivos de la lucha de clase proletaria.¹ El concepto leninista del partido se basa en la premisa de *un cierto grado de autonomía del análisis científico*, especialmente de la teoría marxista. Esta teoría, que se concibe condicionada al despliegue de la lucha de la clase proletaria y de los comienzos embrionarios de la revolución proletaria, no debe ser vista como un producto mecánico inevitable de la lucha de clases, sino como el resultado de una práctica teórica (o “producción teórica”) que llega a ser capaz de eslabonarse y unirse con la lucha de clases únicamente a través de una lucha prolongada. La historia de la revolución socialista mundial en el siglo XX es la historia de este largo proceso.

Estas tres proposiciones representan de hecho una profundización del marxismo; a saber, ya sea de los temas que fueron únicamente esbozados, mas no desarrollados por Marx y Engels, o de los elementos de la teoría marxista que eran escasamente conocidos debido al retraso e interrupción en la publicación de los escritos de Marx en los años 1880 a 1905.² Por lo tanto implican una profundización en la teoría marxista, traída a colación por las brechas (y en parte las contradicciones) en el mismo análisis de Marx, o al menos en la interpretación de Marx generalmente aceptada en el primer cuarto de siglo después de su muerte.

Lo peculiar de esta profundización en las enseñanzas de Marx estriba en que partiendo de diferentes ángulos tiende hacia el mismo punto central, o sea, la determinación del carácter

específico de la revolución proletaria o socialista.

En contraste con todas las revoluciones anteriores —no sólo las revoluciones burguesas cuyas leyes han sido estudiadas detalladamente (en primer lugar por Marx y Engels mismos), sino también aquellas revoluciones que hasta ahora no habían sido sometidas a un análisis generalizado y sistemático (como las revoluciones campesinas y las de los pequeñoburgueses urbanos; los levantamientos de esclavos y las revueltas de las sociedades gentilicias contra la sociedad esclavista; las revoluciones campesinas que acaecieron cuando el viejo modo de producción asiático se desintegraba periódicamente, etc.) — la revolución proletaria del siglo XX se distingue por cuatro características particulares. Estas le dan su carácter específico, y también, como Marx previó,³ hacen de esta revolución una empresa sumamente difícil.

1) La revolución proletaria es la primera revolución victoriosa en la historia de la humanidad llevada a cabo por la clase social más baja. Esta clase dispone de una potencialidad económica, que de hecho está extremadamente limitada, y por ello se ve excluida de cualquier porción de la riqueza social (en este sentido opuesta a la mera posesión de los bienes de consumo que son constantemente utilizados). Su situación es bastante diferente de la situación de la burguesía y de la nobleza feudal, que tomaron el poder político cuando ya tenían en sus manos el poder económico existente, así como de la situación de los esclavos, que fueron incapaces de llevar a cabo con éxito una revolución.

2) La revolución proletaria es la primera revolución en la historia de la humanidad que aspira a un derrocamiento de la sociedad existente planeado conscientemente, o sea, que no busca restaurar las condiciones previas (como lo hicieron las revoluciones de esclavos y campesinos en el pasado), o sencillamente legalizar el cambio de poder que había sido alcanzado ya en el plano económico, sino que más bien aspira a realizar un proceso totalmente nuevo, derrocamiento que nunca antes se ha dado o que ha sido anticipado únicamente como una “teoría” o como un “programa”.⁴

3) Al igual que cualquier otra revolución social en la historia, la revolución proletaria surge de los antagonismos internos de clase y de la lucha de clases que inevitablemente se produce dentro de la sociedad existente. Pero mientras las revoluciones en el pasado podían ser satisfechas ampliamente con la impulsión de estas luchas hacia adelante, hasta que fuera alcanzado su punto culminante —porque para éstas no había el problema de ir creando relaciones sociales totalmente nuevas y conscientemente planeadas— la revolución proletaria puede llegar a convertirse en realidad sólo si la lucha de la clase proletaria culmina en un gigantesco proceso que se extiende durante años y décadas. Este proceso es aquel en el que se transforman las relaciones humanas sistemática y conscientemente, y el de generalizar, primero, la actividad independiente del proletariado, y más tarde (en el umbral de la sociedad sin clases) la de todos los miembros de la sociedad. Mientras que el triunfo de la revolución burguesa convierte a la burguesía en una clase conservadora (que todavía es capaz de lograr transformaciones revolucionarias en los campos de la técnica y de la industria, y que juega un papel objetivamente progresista en la historia por un periodo más o menos prolongado de tiempo, pero que se retracta de una transformación activa de la vida social, puesto que en esa esfera sus diferencias cada vez mayores con el proletariado hacen de ella una clase crecientemente reaccionaria), la conquista del poder por el proletariado *no es el final sino el comienzo* de la actividad de la clase trabajadora moderna en el proceso de revolucionar la sociedad. Esta actividad podrá llegar a su fin únicamente cuando, junto con las demás clases, se liquide a sí misma como clase.⁵

4) En contraste con todas las revoluciones sociales anteriores, que generalmente se han

dado dentro de un marco nacional, o incluso dentro de un marco aún más restringido, la revolución proletaria es por naturaleza internacional y sólo puede alcanzar su conclusión a través de la construcción internacional de la sociedad sin clases. Aunque es cierto que en un principio la victoria puede ser alcanzada dentro de un marco nacional, esta victoria peligrará constantemente y será provisional mientras que a escala internacional no le haya infligido una derrota definitiva al capital. La revolución proletaria es, entonces, un proceso revolucionario mundial, que no se lleva a cabo de manera lineal ni uniforme. La cadena imperialista se rompe primero en sus eslabones más débiles, y el discontinuo flujo y reflujo de la revolución ocurre conforme a la *ley del desarrollo desigual y combinado*. (Esto resulta cierto no sólo para la economía, sino también para las relaciones de fuerza entre las clases; de ninguna manera las dos coinciden automáticamente.)

La teoría leninista de la organización toma en cuenta todas estas peculiaridades de la revolución proletaria. Toma en cuenta las peculiaridades de esta revolución, entre otras cosas, a la luz de las peculiaridades y contradicciones en la formación de la conciencia de clase proletaria. Sobre todo, expresa abiertamente lo que Marx únicamente intentó examinar, y lo que sus epígonos difícilmente entendieron, o sea: que no puede haber un derrocamiento “automático” del régimen capitalista ni una desintegración “espontánea” u “orgánica” de este régimen a través de la construcción de un régimen socialista. Precisamente debido al carácter consciente peculiar de la revolución proletaria, no sólo requiere de una madurez de los factores “objetivos” (una crisis social creciente que exprese el hecho de que el modo de producción capitalista ha cumplido su misión histórica), sino también de una madurez de los llamados factores subjetivos (madurez de la conciencia de clase del proletariado y de su dirección). Si estos factores “subjetivos” no están presentes, o lo están en grado insuficiente, la revolución proletaria no será una revolución victoriosa en ese momento, y *de su misma derrota* resultarán las posibilidades económicas y sociales de una consolidación temporal del capitalismo.⁶

Entonces, generalizando, la teoría leninista de la organización representa una profundización del marxismo aplicada a los problemas básicos de la superestructura social (el Estado, la conciencia de clase, la ideología, el partido). Aunada a las contribuciones paralelas de Rosa Luxemburgo y Trotsky (y, en un sentido más restringido, de Luckács y de Gramsci), constituye *la ciencia marxista del factor subjetivo*.

Ideología burguesa y conciencia de clase proletaria

El postulado marxista: “La ideología predominante de toda sociedad es la ideología de la clase dominante” a primera vista parece encontrarse en conflicto con el carácter de la revolución proletaria, que es un cambio *consciente* de la sociedad por el proletariado, como un producto de la actividad consciente, e independiente, de las masas asalariadas. Una interpretación superficial de este postulado puede llevarnos a la conclusión de que es utópico esperar que las masas, que están expuestas, bajo el capitalismo, a las arremetidas constantes de las ideas burguesas y pequeñoburguesas, sean capaces de llevar a cabo una lucha de clases revolucionaria en contra de esta sociedad, ya no digamos una revolución social. Herbert Marcuse, quien llega a esta conclusión, es simplemente (por lo pronto) el más reciente de una larga serie de teóricos que, tomando como punto de partida la definición marxista de la clase en el poder, terminan poniendo en duda el potencial revolucionario de la clase trabajadora.

El problema puede ser resuelto reemplazando este punto de vista estático y formal por

uno dialéctico. Se necesita simplemente hacer más “dinámico” este postulado marxista. La ideología predominante en toda sociedad es la ideología de la clase dominante en el sentido de que esta última tiene el control de los medios de producción ideológicos de que dispone la sociedad (la iglesia, las escuelas, los medios de difusión masivos, etc.), y utiliza estos medios para sus intereses de clase. Mientras predomina el dominio de clase estable, y por ende difícilmente puesto en duda, la ideología de la clase en el poder dominará también a la conciencia de la clase oprimida. Y más aún, los explotados, como regla, tenderán a expresar la *primera fase* de la lucha de clases a la manera de fórmulas, ideales e ideologías de los explotadores.⁷

No obstante, mientras más sea puesta en duda la estabilidad de la sociedad existente, mientras más se intensifique la lucha de clases, y mientras más se comience a debilitar en la práctica el dominio de los explotadores, en mayor grado sectores de la clase oprimida comenzarán a liberarse del control de las ideas de aquellos que tienen el poder. Antes de, y junto con la lucha por la revolución social, se lleva a cabo una lucha entre la ideología de la clase en el poder y las nuevas ideas de la clase revolucionaria. A su vez esta lucha intensifica y acelera la lucha de clases concreta de la cual surgió al elevar a la clase revolucionaria hacia una conciencia de las tareas históricas y de las metas de su lucha. La conciencia clasista de la clase revolucionaria puede entonces desarrollarse desde la lucha de clases a pesar de, y opuesta a, la ideología de la clase en el poder.⁸

Pero sólo durante la revolución misma la mayoría de los oprimidos pueden liberarse de la ideología de la clase opresora.⁹ Debido a que este control no es ejercido ni única ni primordialmente a través de una *manipulación* puramente ideológica y la asimilación masiva de la ideología de la clase en el poder, sino sobre todo como el resultado del mecanismo diario de la economía y la sociedad existentes y su efecto sobre la conciencia de los oprimidos. (Esto resulta cierto especialmente para la sociedad burguesa, aunque se han observado ciertos fenómenos paralelos en otras sociedades de clases.)

En la sociedad capitalista este control es ejercido a través de la internacionalización de las relaciones mercantiles, que está unida a la cosificación de las relaciones humanas resultante de la extensión generalizada de la producción de mercancías y la transformación de la fuerza de trabajo humana en una mercancía, y de la extensión generalizada de la división del trabajo bajo las condiciones de la producción de mercancías. También se logra a través de la fatiga y del embrutecimiento de los productores, resultados de la explotación y del carácter enajenado del trabajo, así como también a través de la falta de tiempo libre, no sólo en sentido cuantitativo, sino además en sentido cualitativo, etc. Únicamente cuando los mecanismos de esta prisión estallen en una revolución, o sea, cuando surja un incremento súbito e intenso en la *actividad de las masas fuera de los confines del trabajo enajenado*, sólo entonces la actividad mistificadora de este mismo aprisionamiento de la conciencia de las masas puede empezar a desaparecer rápidamente.

La teoría leninista de la organización intenta, entonces, llegar a la dialéctica interna, de esta formación de la conciencia política, de clase, que puede llegar a ser totalmente desarrollada únicamente durante la revolución misma, pero bajo la condición de que se haya comenzado a desarrollar *antes* de la revolución.¹⁰ La teoría realiza lo anterior mediante tres categorías funcionales: la categoría de la clase trabajadora en sí (la masa de obreros); la categoría de aquella parte de la clase trabajadora que se encuentra involucrada ya en un grado más alto que las luchas esporádicas y que ha alcanzado ya el primer nivel de organización (la vanguardia proletaria en el sentido más amplio de la palabra);¹¹ y la categoría de la organización revolucionaria, formada por obreros e intelectuales que realizan una actividad revolucionaria, y que están educados, al menos parcialmente, en el marxismo.

La categoría de la “clase en sí” está vinculada al concepto objetivo de la clase en la sociología de Marx, en donde un estrato social está determinado por su posición objetiva en el proceso de producción, *independientemente* de su estado de conciencia. (Es bien sabido que el joven Marx —en el *Manifiesto Comunista* y en los escritos políticos de 1850-52, por ejemplo— había expuesto un concepto subjetivo de las clases, de acuerdo con el cual la clase trabajadora llega a ser clase únicamente a través de su lucha, o sea, al alcanzar un grado mínimo en la conciencia de clase. Bujarin, refiriéndose a un postulado de la *Miseria de la filosofía* le llama a este concepto “la clase para sí”, en oposición al concepto “la clase en sí”).¹² Este concepto objetivo de clase sigue siendo fundamental para las ideas sobre organización de Lenin, como lo fue para Engels y la socialdemocracia alemana bajo la influencia de Engels, Bebel y Kautsky.¹³

Sólo a través de la existencia de una clase objetivamente revolucionaria puede el partido, y está obligado periódicamente a ello, dirigir una lucha de clases revolucionaria, y sólo en relación con tal lucha de clases real el concepto del partido revolucionario de vanguardia (incluyendo al de revolucionarios profesionales) tiene un significado científico, como lo observó expresamente el mismo Lenin.¹⁴ Toda actividad revolucionaria no relacionada con la lucha de clases conduce, en el mejor de los casos, hacia la formación de un núcleo revolucionario, más no a un partido. Este corre el peligro de degenerar en un diletantismo sectario y subjetivo. De acuerdo con el concepto leninista de la organización, no existe una vanguardia autoproclamada. Más bien, la vanguardia debe ganar su reconocimiento como vanguardia (o sea, el derecho histórico de actuar como vanguardia) a través de sus intentos de establecer contactos con la parte avanzada de la clase y su verdadera lucha.

La categoría de “obrero avanzado” parte de la estratificación objetivamente inevitable de la clase. Es un resultado de su origen histórico distinto, así como de la diferente posición en el proceso social de producción y su diferente conciencia de clase.

La formación de la clase obrera como una categoría objetiva en sí misma es un proceso histórico. Algunos sectores de la clase obrera están constituidos por los hijos, los nietos y los biznietos de asalariados urbanos; otros son hijos y nietos de trabajadores agrícolas y campesinos despojados de tierra. Y algunos otros son, incluso, descendientes de una primera o segunda generación de pequeño-burgueses que poseían ciertos medios de producción (campesinos, artesanos, etc.). Una parte de la clase obrera trabaja en grandes fábricas, en donde tanto las relaciones económicas como sociales conducen hacia una conciencia de clase elemental (la conciencia de que los “problemas sociales” pueden ser resueltos sólo a través de la organización y de acciones colectivas). Otra parte trabaja en fábricas pequeñas o medianas o en los llamados sectores de servicios, en donde tanto la autoconfianza económica como el entendimiento de la necesidad de acciones amplias de masas dependen en menor grado de las condiciones objetivas que en las grandes plantas industriales. Algunos sectores de la clase obrera han radicado en las grandes ciudades por mucho tiempo, se han alfabetizado ya tiempo atrás y tienen una gran tradición de organización y una educación política y cultural que los respalda (a través de organizaciones juveniles, la prensa obrera, educación obrera, etc.). Otros más viven en pequeños poblados y aun en la provincia. (Esto fue cierto en la última parte de la década de los treinta, por ejemplo, para un significativo número de mineros europeos.) Estos últimos tienen una vida colectiva escasa o nula, una pobre experiencia sindical, y no han recibido educación política o cultural en el movimiento obrero. Algunos sectores de la clase obrera nacen en países que han sido independientes durante mil años y cuya clase en el poder oprimió durante periodos prolongados a otras naciones. Otros han nacido en países que han luchado por décadas y aun siglos por su liberación nacional o que vivieron en la servidumbre o el esclavismo no hará más de cien años.

Si se le suman a todas estas diferencias históricas las habilidades personales de cada obrero asalariado —no sólo diferencias en cuanto a inteligencia y habilidad para generalizar sobre las experiencias inmediatas, sino también las diferencias en la cantidad de energía, fuerza de carácter, combatividad y confianza en ellos mismos—, entonces se entiende que la estratificación de la clase obrera en varias capas, que depende del grado de conciencia de clase, es un fenómeno inevitable en la historia de la clase obrera misma. *Es este proceso histórico de llegar a ser clase el que, en un momento dado, se refleja en diversos grados de conciencia dentro de la misma clase.*

La categoría de partido revolucionario surge del hecho de que el socialismo marxista es una *ciencia* que, en último análisis, puede ser asimilada completamente sólo en forma individual, y no de manera colectiva. El marxismo constituye la culminación (y en parte también la disolución) de por lo menos tres ciencias sociales: la filosofía clásica alemana, la economía política clásica, y la ciencia política francesa clásica (el socialismo y la historiografía franceses). Su asimilación presupone, por lo menos, un entendimiento de la dialéctica materialista, del materialismo histórico, de la teoría económica marxista y la historia crítica de las revoluciones y del movimiento obrero modernos. Tal asimilación es necesaria si, en su totalidad, es factible su funcionamiento como un instrumento para analizar la realidad social y como compilación de las experiencias de un siglo de luchas proletarias. Es absurda la noción de que esta colosal suma de conocimientos e información pueda de alguna manera fluir “espontáneamente” al trabajar en un torno o en una máquina sumadora.¹⁵

El hecho de que el marxismo como ciencia es una expresión del *más alto grado de desarrollo* de la conciencia de la clase proletaria, simplemente quiere decir que es solo a través de *un proceso individual* de selección que los mejores miembros del proletariado, los más experimentados, más inteligentes y más combativos son capaces de, directa o independientemente, adquirir una conciencia de clase en su forma más potente. En el grado en que esta adquisición es individual, llega a ser accesible también para otros estratos y clases sociales (sobre todo para la intelectualidad revolucionaria y los estudiantes).¹⁶ Cualquier otro enfoque sólo nos puede llevar hacia la idealización de la clase obrera y por ende del capitalismo.

Por supuesto, siempre debemos recordar que el marxismo no pudo surgir independientemente del desarrollo real de la sociedad burguesa y de la lucha de clases que se desarrollaba inevitablemente dentro de ella. Existe una unión inseparable entre la experiencia colectiva, histórica, de la clase obrera en lucha, y de su función, con el marxismo como una conciencia de clase colectiva, histórica en su forma más potente. Pero afirmar que el socialismo científico es el producto histórico de la lucha proletaria no quiere decir que todos, o aun la mayoría de los miembros de esta clase, con mayor o menor grado de facilidad, puedan reproducir estos conocimientos. El marxismo no es el producto automático de la lucha de clases y la experiencia de la clase, sino el resultado de una producción científica y teórica. Tal asimilación es posible únicamente a través de la participación en el proceso de producción; y este es, por definición, un proceso *individual*, aunque únicamente es factible a través del desarrollo de las fuerzas sociales de producción y de las contradicciones de clase bajo el capitalismo.

Lucha y conciencia de clase proletarias

El proceso en el cual se llegan a unir las masas proletarias, la vanguardia obrera y el partido revolucionario, depende de la transformación de la lucha elemental de la clase proletaria, en lucha de clases *revolucionaria* —la revolución proletaria— y de los efectos que ello tenga sobre las masas asalariadas. La lucha de clases se ha llevado a cabo por miles de años sin que aquellos que luchaban estuviesen conscientes de lo que hacían. La lucha proletaria existió mucho antes de que apareciera un movimiento socialista, no digamos un movimiento socialista científico. La lucha de clases elemental —huelgas, paros por aumentos salariales, o por la reducción de jornadas y mejoras en las condiciones de trabajo— conduce hacia formas elementales de organización de clase (fondos de ayuda mutua, sindicatos embrionarios), aunque la vida de éstas sea corta. (También fomentó un ideal socialista general entre *muchos* obreros.) La lucha, la organización y la conciencia de clase elementales han nacido, por ende, *directamente de la acción*, y únicamente la experiencia surgida de esta acción es capaz de desarrollar y de acelerar la conciencia. Se establece como una ley general de la historia que por medio de la acción *las grandes masas* son capaces de elevar su conciencia.

Pero aun en su forma más elemental, la lucha de clases espontánea de los asalariados, bajo el capitalismo, va dejando atrás un residuo en forma de *conciencia cristalizada en un proceso de organización continua*. La mayor parte de la masa es activa únicamente durante la lucha; después de ésta, tarde o temprano, se retira a la vida privada (o “a la lucha por la supervivencia”). Lo que distingue a la vanguardia obrera de las masas es el hecho de que ni aun durante el periodo de calma abandona el frente de la lucha de clases, sino que continúa el combate, por decirlo así, “con otros medios”. Intenta solidificar los fondos de resistencia formados durante la lucha en fondos de resistencia permanente o sea, en sindicatos.¹⁷ Publicando periódicos obreros y organizando grupos de educación para éstos, tiende a cristalizar y a elevar la conciencia de clase creada durante la lucha. Por lo tanto, ayuda a darle forma al factor continuidad oponiéndose a la necesaria discontinuidad en la acción de las masas,¹⁸ y al factor conciencia, oponiéndose al espontaneísmo que lleva consigo el movimiento de masas.

Sin embargo, los obreros avanzados son conducidos hacia una organización continua y a un desarrollo de la conciencia de clase en menor medida por la teoría, la ciencia o un entendimiento de la totalidad social, y en mayor grado, por el conocimiento práctico adquirido en la lucha. Desde el momento en que la lucha demuestra¹⁹ que la disolución de los fondos de resistencia después de cada huelga daña la efectividad de éstas y de los trabajadores disponibles, se hacen intentos de crear un fondo permanente. Como lo demuestra la experiencia, un volante ocasional tiene menor efecto que un periódico regular. Así nace la prensa obrera. Una conciencia desarrollada directamente de la experiencia práctica en la lucha es una *conciencia empírica y pragmática*, que puede enriquecer la acción hasta cierto grado, aunque es muy inferior a la eficacia de la conciencia *científica global*, o sea, la de la comprensión teórica.

Basándose en su comprensión teórica general, la organización revolucionaria de vanguardia puede consolidar y enriquecer esta conciencia más elevada, siempre y cuando sea capaz de establecer vínculos con la lucha de clases, siempre y cuando no se quede corta en la prueba crucial de verificar la teoría en la práctica, de fusionar estas últimas. Desde el punto de vista del marxismo maduro —tanto el del mismo Marx como el de Lenin— una “verdadera” teoría divorciada de la práctica es tan absurda como una “práctica revolucionaria” que carece de una base teórica científica. Esto último de ninguna manera opaca la decisiva importancia y la absoluta necesidad de la producción teórica; simplemente enfatiza el hecho de que las masas asalariadas y los revolucionarios como individuos, procediendo de puntos de partida diferentes y llevando una dinámica diferente, pueden llegar a la unidad entre la teoría y la práctica.

Este proceso puede ser resumido en el siguiente diagrama:



Si reorganizamos este diagrama para poder extraer ciertas conclusiones, obtenemos lo siguiente:



Este diagrama formal nos revela una serie de conclusiones acerca de la dinámica de la conciencia de clase, que ya habíamos previsto en el análisis, pero que sólo ahora adquieren su valor total. La acción colectiva de los obreros avanzados (los “líderes naturales” de la clase trabajadora en sus plantas), es, relativamente, más difícil de alcanzar porque no puede ser motivada ni por una convicción pura (como la del núcleo revolucionario), ni por una explosividad puramente espontánea (como la de las grandes masas). Es precisamente la *experiencia* en la lucha el elemento motor en la acción de los trabajadores avanzados lo que los vuelve mucho más cuidadosos y cautos antes de tomar una acción en gran escala. Ya han asimilado las enseñanzas de acciones pasadas y saben que una explosión no es del todo suficiente para alcanzar la meta. Se hacen menos ilusiones acerca de la fuerza del enemigo (sin mencionar su “generosidad”) y acerca de la durabilidad del movimiento de masas. La mayor “tentación” del economismo puede ser circunscrita a este mismo punto.

En suma, la construcción del partido revolucionario de la clase trabajadora es la integración de la conciencia del núcleo revolucionario con la conciencia de los obreros avanzados. La maduración de una situación prerrevolucionaria (explosión potencialmente revolucionaria) es la integración de la acción de las grandes masas con la acción de los obreros avanzados. Una situación revolucionaria —o sea la posibilidad de la conquista revolucionaria del poder— aparece cuando ha sido alcanzada la integración de las acciones de la vanguardia y las masas con la *conciencia* de la vanguardia y de los estratos revolucionarios.²⁰ Para las grandes masas, la lucha de clases elemental que surge de las contradicciones del modo de producción capitalista siempre es alimentada por factores de necesidad inmediata. Lo cual es también valedero para todas las acciones de masas, aun aquellas que son políticas. Es así como el problema de las luchas de las grandes masas que se convierten en luchas revolucionarias depende no sólo de un factor cuantitativo, sino también de un factor cualitativo. Esto presupone la existencia entre las masas o entre el movimiento de obreros suficientemente avanzados que, sobre las bases de la etapa de conciencia que han alcanzado, son capaces de arrastrar a masas más amplias hacia la acción en torno de objetivos que desafían la continuidad de la existencia de la sociedad burguesa y del modo de producción capitalista.

Además, lo anterior coloca en primer plano la importancia central de las demandas de transición,²¹ la posición estratégica de los obreros avanzados que ya tienen experiencia en

propagar estas demandas de transición, y la importancia histórica de la organización revolucionaria, ya que únicamente ésta es capaz de crear un programa de transición que corresponda a las condiciones históricas objetivas, así como también a las necesidades subjetivas de los amplios sectores de masas. *Una revolución proletaria es posible únicamente si todos estos factores son combinados con éxito.*

Ya hemos establecido que la teoría leninista de la organización es, sobre todo, en efecto, una teoría de la revolución. Haber malentendido lo anterior es la gran debilidad de la polémica de Rosa Luxemburgo en contra de Lenin, entre 1903 y 1904. Resulta característico que el concepto de organización atacado en el ensayo “Problemas organizativos de la socialdemocracia” es —y esto es claro si es leído con cuidado— puramente organizativo. (Al mismo tiempo que es atacado es también confirmado. ¡En este punto los “luxemburguistas” modernos deben leer con más atención a su “Rosa”!) Lenin es acusado de abogar por una línea “ultracentralista”, de dictar la composición de los comités locales del partido y de dejar coartar cualquier iniciativa de los organismos inferiores del partido.²²

Sin embargo, cuando volvemos a la teoría leninista de la organización según fue perfeccionada por el mismo Lenin, observamos que de ninguna manera se enfatiza el aspecto formal, organizativo, de la centralización sino la *función política y social* de ésta. En el meollo del *¿Qué hacer?* está el concepto de la transformación de la conciencia de clase proletaria hacia una conciencia política de clase *por medio de una actividad política comprensiva* que traza y —desde un punto de vista marxista— responde a todos los problemas de relación de clase internos y externos:

En realidad, se puede “elevar la actividad de la masa obrera” únicamente a condición de que no nos circunscribamos a la “agitación política sobre el terreno económico”. Y una de las condiciones esenciales para esa extensión indispensable de la agitación política es organizar denuncias políticas que abarquen todos los terrenos. La conciencia política y la actividad revolucionaria de las masas no pueden educarse sino a base de estas denuncias.

Y más adelante:

La conciencia de la clase obrera no puede ser una verdadera conciencia política, si los obreros no están acostumbrados a hacerse eco de todos los casos de arbitrariedad y opresión, de violencias y abusos de toda especie, cualesquiera que sean las clases afectadas. . . La conciencia de las masas obreras no puede ser una verdadera conciencia de clase, si los obreros no aprenden, a base de hechos concretos y, además, de actualidad, a observar a cada una de las otras clases sociales, en todas las manifestaciones de la vida intelectual, moral y política de esas clases; si no aprenden a aplicar en la práctica el análisis materialista y la apreciación materialista de todos los aspectos de la actividad y de la vida de todas las clases, capas y grupos de la población. Quien oriente la atención, la capacidad de observación y la conciencia de la clase obrera exclusivamente, o aunque sólo sea con preferencia, hacia ella misma, no es un socialdemócrata, pues el conocimiento de sí misma, por parte de la clase obrera, está inseparablemente ligado a la completa nitidez no sólo de los conceptos teóricos... o mejor dicho: no tanto de los conceptos teóricos, como de las ideas elaboradas sobre la base de la experiencia de la vida política, acerca de las relaciones entre todas las clases de la sociedad actual.²³

Y por la misma razón Lenin enfatizó tan vigorosamente la necesidad absoluta para el partido revolucionario de hacer suyas *todas* las demandas progresistas y los movimientos de *todas* las capas sociales y clases oprimidas —aun las “puramente democráticas”. El plan estratégico central propuesto por Lenin en el *¿Qué hacer?*²⁴ es, pues, el de la agitación partidaria que une a todas las protestas, revueltas y movimientos de resistencia elementales, espontáneos, dispersos y aun los “simplemente locales”. El énfasis en la centralización claramente se asienta en la esfera política y no en la formal u organizativa. El propósito de la centralización organizativa formal es sólo para hacer posible la realización de este plan estratégico.

Aunque no reconoce esta esencia del “centralismo leninista”, Luxemburgo se ve obligada en el debate a contraponerla indirectamente a otra concepción de la formación de la conciencia política de clase y la preparación de las situaciones revolucionarias. Al hacer esto enfatiza más agudamente cuan definitivamente equivocada estaba en esta polémica. El concepto de Luxemburgo de que “el ejército proletario es reclutado y llega a estar consciente de sus objetivos en el transcurso de la lucha misma”²⁵ ha sido refutado definitivamente por la historia. Aun en las luchas obreras más amplias, largas y vigorosas, las masas trabajadoras *no han adquirido* una comprensión clara de las tareas de la lucha, o lo han hecho sólo en un grado insuficiente. (Basta recordar las huelgas generales en Francia durante 1936 y 1968, las luchas de los obreros alemanes de 1918 a 1923, las grandes luchas de los obreros italianos en 1920, 1948 y 1969, así como las portentosas luchas de clases en España de 1931 a 1937, para mencionar sólo estos cuatro países europeos.)

La experiencia en la lucha no es de ninguna manera suficiente para obtener una claridad en las tareas de un amplio movimiento de masas prerrevolucionario, o aun revolucionario, que se presente. Por supuesto que no sólo estas tareas están vinculadas con los motivos inmediatos que hacen estallar la lucha, sino que tales motivos pueden ser captados únicamente por medio de un análisis comprensivo del desarrollo social en su conjunto, de la posición histórica adquirida por el modo de producción capitalista y sus contradicciones internas, y de la relación de fuerzas nacional e internacional entre las clases. Sin una preparación prolija y consistente, sin la educación de cientos y miles de trabajadores avanzados bajo el espíritu de un programa revolucionario, y sin la experiencia práctica acumulada durante años por estos obreros avanzados al intentar hacer llegar este programa a las grandes masas, sería absolutamente ilusorio asumir que súbitamente, de la noche a la mañana, con la mera ayuda de las *acciones* de las masas, pudiera crearse una conciencia igual a la que exige la situación histórica entre las masas.

Realmente, podemos invertir la proposición de Luxemburgo y afirmar que el ejército proletario *nunca* llegará a sus objetivos históricos si la vanguardia obrera no ha llevado a cabo, *antes* del estallido de las luchas más amplias, la educación necesaria, la enseñanza y prueba en el desarrollo y aplicación del programa revolucionario para la lucha, factores que por sí mismos crean sólo la *posibilidad* de que las grandes masas adquieran una conciencia revolucionaria. Esa es la trágica lección de la revolución alemana después de la primera Guerra Mundial, revolución que fue aplastada precisamente por la falta de esa vanguardia adiestrada.

El objetivo del plan estratégico de Lenin es la creación de una vanguardia entrenada a través de una vinculación orgánica del núcleo de revolucionarios individuales con la vanguardia del proletariado. Tal fusión es imposible sin una *actividad política* integral que lleva a los obreros avanzados más allá de los confines de un horizonte limitado al sindicato y a la fábrica. Los datos empíricos disponibles en la actualidad confirman que el partido de Lenin, antes y durante la revolución de 1905 y después de que el movimiento de masas empezó a ascender de nuevo en 1912, fue de hecho ese partido.²⁶

Para entender profundamente la naturaleza revolucionaria del plan estratégico de Lenin, éste debe ser enfocado todavía desde otro punto de vista. Cualquier concepto basado en la probabilidad, si no es que en la inevitabilidad, de una *revolución* que ocurra en un futuro no muy distante, debe inevitablemente ser confrontado con el problema del choque directo con el poder del Estado, o sea, el problema de la conquista del poder político; no obstante, tan pronto como esta dificultad entra en el concepto, el resultado es un argumento más a favor de la centralización. Lenin y Luxemburgo estaban de acuerdo que el capitalismo y el Estado burgués ejercen una poderosa influencia centralizadora en la sociedad moderna,²⁷ y que a su vez es absolutamente ilusorio pensar que este poder estatal centralizado puede ser

gradualmente desmantelado, como una pared pudiera ser desbaratada ladrillo por ladrillo.

En último análisis, la esencia ideológica del reformismo y del revisionismo refutados con igual apasionamiento por Luxemburgo y Lenin²⁸ arraigaba en la ilusión de que esto era posible. Sin embargo, una vez que el problema de la conquista del poder del Estado ya no es considerado lejano, sino reconocido como un objetivo para un futuro cercano o no muy distante, los revolucionarios inmediatamente se confrontan con el problema de los medios para alcanzar la conquista revolucionaria del poder. Aquí Luxemburgo otra vez malinterpretó el *significado* de la utilización puramente polémica que Lenin daba a la noción de “los jacobinos inseparablemente vinculados a la organización del proletariado consciente”. Lo que Lenin quiso decir con esta frase no se relacionaba con un grupo de conspiradores blanquistas *sino con un grupo orientado, como los jacobinos, hacia un intento decidido de llevar a cabo las tareas revolucionarias*, un grupo que no se permite ser distraído de su concentración en estas *tareas* por el inevitable flujo y reflujo del movimiento de masas.

Sin embargo, para hacerle justicia a Luxemburgo debe también mencionarse que, en primer lugar, ella tomó en realidad —*tuvo* que tomar— este problema desde un punto de vista histórico diferente puesto que, por el año de 1904, ya estaba más influida por la realidad alemana que por la realidad polaca o rusa; y en segundo lugar, que extrajo completamente las conclusiones necesarias en un sentido leninista tan pronto como fue evidente que también en Alemania la proximidad de una revolución era una posibilidad inmediata.²⁹

A su vez, el joven Trotsky cometió un serio error en su polémica en contra de Lenin cuando le reprochaba su “sustitucionismo”, o sea, el reemplazar la iniciativa de la clase obrera.³⁰ Si separamos el meollo de este reproche de su cáscara polémica, encontramos aquí una concepción idealista, inadecuada, de la evolución de la conciencia de clase del proletariado: “El marxismo nos enseña que los intereses del proletariado están determinados por sus condiciones objetivas de vida. Estos intereses son tan fuertes y tan inevitables que eventualmente [!] obligan al proletariado a enfocarlos a través de su conciencia, o sea, llevar a cabo la realización de sus intereses *objetivos* a través de sus intereses *subjetivos*.”³¹ Hoy es fácil observar que un optimismo fatalísticamente ingenuo estaba escondido en este análisis inadecuado. Los intereses inmediatos son puestos aquí a la altura de los intereses históricos, o sea, junto a la clarificación de los problemas más complejos de la táctica y de la estrategia. La esperanza de que el proletariado “eventualmente” reconocerá sus intereses históricos nos parece algo superficial, cuando lo comparamos con las catástrofes históricas surgidas porque, en ausencia de una dirección revolucionaria adecuada, el proletariado no era capaz de llevar a cabo las tareas revolucionarias más fundamentales.

El mismo optimismo ingenuo es manifestado aún más sorprendentemente en el siguiente pasaje de la misma polémica:

*El socialdemócrata revolucionario está convencido, no sólo del crecimiento inevitable [!] del partido político del proletariado, sino también de la victoria inevitable [!] de las ideas del socialismo revolucionario dentro de este partido. La primera prueba descansa en el hecho de que el desarrollo de la sociedad burguesa espontáneamente lleva al proletariado a demarcarse políticamente a sí mismo; la segunda, en el hecho de que las tendencias objetivas y los problemas tácticos de esa demarcación encuentran su mejor y más profunda expresión en el socialismo revolucionario, o sea, el marxismo.*³²

Esta cita clarifica que lo que el joven Trotsky apoyaba en su polémica en contra de Lenin era la “vieja y probada táctica” y la ingenua “creencia en la inevitabilidad del progreso” a la Bebel y Kautsky que prevalecieron en la socialdemocracia internacional desde la muerte de Marx hasta la primera Guerra Mundial. El concepto leninista de la conciencia de clase era incomparablemente más rico, se basaba en mayor grado en las contradicciones y resultaba más

dialéctico precisamente porque estaba basado en una profunda apreciación de la actualidad de la revolución (no en el sentido de que “por fin llegaría algún día” sino en el de que seguramente en los años venideros estallaría un movimiento revolucionario).

Para englobar el desarrollo histórico debemos agregar que después del surgimiento de la Revolución Rusa en 1917, Trotsky adoptó totalmente el análisis leninista de la formación de la conciencia de clase proletaria y por consiguiente la teoría leninista de la organización, y hasta su muerte las defendió tercamente en contra de los escépticos y archipesimistas (que creían detectar en éstas el “embrión” del stalinismo). Y así escribió en su último manuscrito, que quedó incompleto:

Un colosal factor en la madurez del proletariado ruso en febrero o marzo de 1917 fue Lenin. No cayó de los cielos. Al comenzar la revolución, sólo Lenin mantenía una concepción revolucionaria, clara y profunda. Los cuadros rusos del partido estaban dispersos y con un considerable grado de confusión. Pero el partido gozaba de autoridad entre los obreros de vanguardia. Lenin gozaba de gran autoridad entre los cuadros del partido.

La concepción política de Lenin correspondía al desarrollo real de la revolución, y era reforzada por cada nuevo acontecimiento. Estos elementos del “activo” obran maravillas en una situación revolucionaria, es decir, en circunstancias de agudización de la lucha de clases. El partido alineó su política de acuerdo a la concepción de Lenin, que estaba en armonía con el verdadero curso de la revolución. Gracias a ello encontró firme apoyo en decenas de miles de obreros de vanguardia. En pocos meses, basándose en el desarrollo de la revolución, el partido fue capaz de convencer a la mayoría de los obreros de la justeza de sus planteamientos políticos. Esa mayoría, organizada en Soviets, fue la levadura revolucionaria de la clase obrera. Para que los postulados de Lenin pudieran abrirse camino en las masas, tenían que existir cuadros, aunque al principio fueran numéricamente limitados; tenía que existir la confianza de los cuadros en su dirección, una confianza basada en toda la experiencia pasada. Excluir estos elementos de los propios cálculos, es simplemente ignorar la revolución viva. Así como sustituirlos por una abstracción —la “relación de fuerzas”.

Porque el desarrollo de la revolución consiste precisamente en que las relaciones de fuerzas experimentan rápidos e incesantes cambios bajo el choque de las transformaciones en la conciencia del proletariado que produce la atracción de las capas atrasadas hacia las avanzadas y la creciente confianza de la clase en su propia fuerza. El resorte vital de este proceso es el partido, así como el resorte vital del partido es su dirección. El rol y la responsabilidad de la dirección en una época revolucionaria son enormes. La llegada de Lenin a Petrogrado el 13 de abril de 1917 hizo virar a tiempo al partido bolchevique y lo capacitó para llevar la revolución a la victoria y nuestros sabios podrían decir que si Lenin hubiera muerto en el extranjero a principios de 1917, la “Revolución de Octubre habría tenido lugar exactamente lo mismo”. *Pero no es así. Lenin representaba uno de los elementos vivos del proceso histórico. Personificaba la experiencia y la perspicacia del sector más activo del proletariado.* Su oportuna aparición en la arena de la revolución fue necesaria para movilizar a la vanguardia y darle oportunidad de unir a la clase obrera y las masas campesinas. La dirección política en los momentos cruciales de virajes históricos, puede llegar a ser un factor tan decisivo como el papel del comando supremo durante los momentos críticos de una guerra. *La historia no es un proceso automático.* Si lo fuera, ¿por qué los programas, por qué los dirigentes, por qué los partidos, por qué las luchas teóricas?³³

La vanguardia revolucionaria y las acciones espontáneas de masas

Le haríamos una gran injusticia a Lenin si caracterizásemos la obra de toda su vida como una “subestimación” sistemática de la importancia de las acciones espontáneas de masas contrapuesta a la “apreciación” de Luxemburgo o Trotsky. Aparte de los pasajes polémicos, que podemos comprender únicamente dentro de su contexto, Lenin acogía con agrado la erupción espontánea de manifestaciones y huelgas de masas tan entusiastamente y casi tan explícitamente como Rosa Luxemburgo y Trotsky.³⁴ Sólo la burocracia stalinista falsificó el leninismo con su desconfianza creciente hacia los movimientos espontáneos que después de todo es una característica de toda burocracia.

Luxemburgo estaba totalmente en lo cierto cuando expresó que el estallido de una revolución proletaria no puede ser augurado por medio del calendario, y nunca encontramos en Lenin algo que lo contradiga. Lenin, como Luxemburgo, estaba convencido de que estas explosiones elementales de masas, sin las cuales no podemos concebir una revolución, no pueden ser “organizadas” de acuerdo a reglas, ni “dirigidas” por sargentos disciplinados. Lenin, como Luxemburgo, estaba convencido del poderoso arsenal de energía creadora, recursos e iniciativa que los verdaderos movimientos amplios de masas despliegan y siempre desplegarán.

La diferencia entre la teoría leninista de organización y la llamada teoría espontaneísta —que puede ser atribuida a Luxemburgo con salvedades importantes— la encontramos, entonces, *no en una subestimación de la iniciativa de las masas sino en la comprensión de sus limitaciones*. La iniciativa de las masas es capaz de alcanzar muchos éxitos portentosos. Sin embargo, por ella misma no es capaz de trazar, a través de la lucha, un programa completo y comprensivo para la revolución socialista que abarque todos los problemas sociales (ya no digamos la reconstrucción socialista); ni es capaz, por ella misma, de llevar a cabo una centralización suficiente de las fuerzas para hacer posible la caída de un Estado centralizado, con su aparato represivo que está apoyado en la utilización total de las ventajas de sus “líneas internas” de comunicación. En otras palabras, las limitaciones de la espontaneidad de las masas comienzan con la comprensión de que una revolución socialista *no puede ser improvisada*. La espontaneidad “pura” de las masas siempre tiende hacia la improvisación.

Lo que es más, la espontaneidad “pura” existe sólo en los libros de cuentos de hadas acerca del movimiento obrero, mas no en su verdadera historia. Lo que se entiende por “espontaneidad de las masas” son los movimientos que no han sido previamente planeados en detalle por alguna dirección central. Lo que *no* debemos entender por “espontaneidad de las masas” son los movimientos que se llevan a cabo sin una “influencia política externa”. Sólo es necesario rascar la costra de un “movimiento espontáneo” y encontraremos los rasgos inconfundibles de un hilo rojo vivo que lo cruza. Aquí un miembro de un grupo de “vanguardia” que provocó una huelga “espontánea”; allá un ex miembro de otra filiación “desviacionista” de izquierda, que ha dejado a este grupo, pero que ha recibido la suficiente preparación para ser capaz, en una situación explosiva, de reaccionar con gran celeridad mientras la masa anónima aún está indecisa.

En algunos casos, podemos encontrar que la acción “espontánea” es la fructificación de muchos años de actividad “clandestina” realizada por un grupo de oposición sindical, o por un grupo de obreros de base; en otros casos ha sido el resultado de contactos que, por un periodo más o menos largo de tiempo, han trabajado pacientemente —y aparentemente sin éxito alguno— con colegas de otra ciudad (o de una fábrica vecina) en donde los

“izquierdistas” son más fuertes. En la lucha de clases tampoco encontramos que el pavo, ya cocinado, haya caído del cielo “espontáneamente”.

Entonces, lo que diferencia las acciones “espontáneas” de aquellas en las que “intervino la vanguardia” no es que en la primera todos tengan un nivel de conciencia igual adquirido en la lucha y que en la segunda encontremos a la “vanguardia” diferenciada de “las masas”. Lo que distingue a estas dos formas de acción no es tampoco que, en las acciones espontáneas, las soluciones hayan sido vertidas hacia el proletariado desde “el exterior”, mientras que la vanguardia organizada se vincula con las demandas elementales de las masas de manera “elitista”, “imponiéndole” un programa. No se han producido acciones “espontáneas” sin la existencia de algún tipo de influencia vertida por elementos de vanguardia. La diferencia entre las acciones “espontáneas” de aquellas en las cuales “interviene la vanguardia” es, esencialmente, que en las acciones “espontáneas” *la intervención de la vanguardia es de índole improvisada, desorganizada, intermitente y sin planeación alguna* (accidentalmente acaecida en esta o aquella fábrica, ciudad o distrito), mientras que la existencia de la organización revolucionaria hace posible la coordinación, la planeación, la sincronización consciente y el perfeccionamiento continuo de esta intervención de los elementos de vanguardia en la lucha de masas “espontánea”. Casi todos los requisitos del “supercentralismo” leninista están basados exclusivamente en esto.

Sólo un fatalista incorregible (o sea, un determinista mecánico) puede estar convencido de que todas las explosiones de masas *tenían* que suceder en un día dado porque estallaron en ese mismo día, y que, a su vez, en todos los casos en que las explosiones de masas no ocurrieron, fue debido a que no eran posibles. Tal actitud fatalista (común en la escuela de Kautsky y Bauer) es en realidad una caricatura de la teoría leninista de la organización. De todos modos, es característico de un gran número de oponentes del leninismo, quienes al oponerse a Lenin tienen mucho que decir acerca de la “espontaneidad de las masas”, al mismo tiempo que caen dentro de este determinismo mecanicista y vulgar sin darse cuenta del grado en que contradicen su “gran aprecio” hacia la “espontaneidad de las masas”.

Si, por otra parte, procedemos de la inevitabilidad de las explosiones masivas esporádicas (que ocurren cuando las contradicciones socioeconómicas han madurado a un grado tal que el modo de producción capitalista, de hecho, *tiene* que producir periódicamente estas crisis prerrevolucionarias), entonces debemos entender que es imposible determinar el momento exacto en que vaya a suceder, debido a que miles de pequeños incidentes, conflictos parciales y sucesos accidentales podrían llegar a jugar un papel importante en determinarlo. Por esta razón una vanguardia revolucionaria que, en momentos decisivos es capaz de concentrar sus fuerzas en el “eslabón más débil”, es incomparablemente más efectiva que la actuación dispersa de un gran número de obreros avanzados que carecen de esta facultad de concentrar sus fuerzas.³⁵

Las dos luchas obreras más grandiosas que se hayan llevado a cabo en occidente —el mayo francés de 1968 y el otoño italiano de 1969— confirmaron totalmente estos puntos de vista. Ambas comenzaron con luchas “espontáneas” que no fueron preparadas ni por los sindicatos, ni por los grandes partidos socialdemócratas o “comunistas”. En ambos casos obreros radicales y estudiantes individuales o núcleos revolucionarios jugaron un papel decisivo precipitando acá y allá una primera explosión y proporcionando a las masas trabajadoras la oportunidad de aprender de una “experiencia ejemplar”. En ambos casos millones y millones se lanzaron a la lucha —llegaron a ser diez millones de asalariados en Francia, y quince millones en Italia. Esto es más de lo que nunca se había visto —aun durante las grandiosas luchas de clase después de la primera Guerra Mundial.

En ambos casos la tendencia espontánea demostrada por los obreros trascendió al “economismo” de una huelga puramente económica. En Francia lo atestiguan las ocupaciones de fábrica y numerosas iniciativas parciales; en Italia, no sólo las inmensas manifestaciones callejeras y la promoción de demandas políticas, sino también la manifestación embrionaria de una tendencia hacia la autoorganización en el lugar de la producción, es decir con el propósito de tomar el primer paso hacia el establecimiento del poder dual: la elección de *delegati di reparto*. (De esta manera, la vanguardia de la clase obrera italiana estuvo más avanzada que la francesa, y trazó las primeras lecciones históricas importantes del mayo francés.)³⁶ Empero, en ningún caso estas portentosas acciones espontáneas de masas lograron derrocar al aparato estatal burgués y al modo de producción capitalista, ni tan siquiera llegaron a promover una comprensión masiva de los objetivos que hubieran hecho factible tal derrocamiento dentro de un corto periodo de tiempo.

Recordando la metáfora de Trotsky en la *Historia de la Revolución Rusa*: el potente vapor perdido por la falta de un pistón que lo hubiera comprimido en el momento decisivo.³⁷ Y, por supuesto, en último análisis la fuerza motriz es el vapor, o sea, la energía de la movilización de las masas y su lucha, y no el mismo pistón. Sin este vapor el pistón permanece como una cascara vacía. Sin embargo, sin este pistón incluso el vapor más potente es desperdiciado sin llevar a cabo nada. Esta es la quintaesencia de la teoría leninista de la organización.

Organización, burocracia y acción revolucionaria

Sin embargo, existe un obstáculo en esta interrelación que Lenin, durante los años de las más acaloradas disputas con los mencheviques, no reconoció, quizá, del todo (1903-1905) o solamente en grado insuficiente (1908-14). Y es aquí en donde el valor total del trabajo histórico de Trotsky y Rosa Luxemburgo aclara y facilita un entendimiento de la fórmula dialéctica “clase obrera-obreros avanzados-partido obrero”.

Un partido de vanguardia y una cierta *separación* entre el partido y las masas son necesarios por el nivel inevitablemente inadecuado de la conciencia de clase en las grandes masas obreras. Como Lenin repetidamente señaló, se trata de una relación dialéctica compleja —una unidad de separación y de integración— que se conforma totalmente a las peculiaridades históricas de la lucha revolucionaria por la revolución socialista.

Sin embargo, este partido separado, se origina dentro de la sociedad *burguesa* que, con sus características inherentes de una división universal del trabajo y de la producción de mercancías, tiende a traer consigo la cosificación de *todas* las relaciones humanas.³⁸ Esto significa que la construcción de un aparato partidario separado de las masas trabajadoras corre el peligro de convertirse en un aparato autónomo. Cuando este peligro se desarrolla más allá de una etapa embrionaria, surge la tendencia de una autopreservación del aparato como un fin en sí, en vez de un medio para alcanzar un fin (una exitosa lucha de clases proletaria).

Esta es la raíz de la degeneración tanto de la II como de la III Internacionales, es decir, la subordinación de los partidos de masas socialdemócratas y comunistas de Europa occidental a una burocracia conservadora y reformista, que en la práctica diaria se han convertido en parte del *status quo*.³⁹

La burocracia en las organizaciones obreras es un producto de una división social del trabajo, es decir de la incapacidad de las masas obreras, que en gran medida están excluidas del proceso cultural y teórico de la producción bajo el capitalismo, de hacerse cargo regularmente

de todas las tareas que se llevan a cabo dentro del ámbito de su organización. Los intentos para realizar lo anterior a pesar de todo, como se ha hecho en varias ocasiones desde el inicio del movimiento obrero, no han dado ninguna solución, porque la división del trabajo corresponde totalmente a las *condiciones materiales* y de ninguna manera es el invento de competidores impíos. Si estas condiciones son ignoradas, el primitivismo, la ignorancia y las bravatas que se producen colocan al movimiento dentro de las mismas limitaciones que de otra manera ocasionaría la burocracia. Habiendo tomado un punto de partida diferente aquí —el de la *técnica de organización* en vez del nivel de conciencia— hemos encontrado el mismo problema que habíamos resuelto: principalmente, que se le daría demasiado crédito al modo de producción capitalista, asumiendo que es una escuela perfecta para preparar al proletariado para una actividad independiente, o que automáticamente crea la capacidad de las masas trabajadoras de reconocer y adquirir espontáneamente todos los objetivos y formas organizativas para su propia liberación.

Lenin, en su primer debate con los mencheviques, subestimó demasiado el peligro de que el aparato llegara a ser autónomo así como también la burocratización de los partidos obreros. Partió de la suposición de que el peligro del oportunismo en el movimiento obrero moderno era una amenaza que venía principalmente de los academicistas pequeñoburgueses y de los pequeñoburgueses “sindicalistas puros”. Se burló de la lucha de muchos de sus camaradas en contra del peligro del “burocratismo”. De hecho, la historia ha demostrado que la fuente más grande del oportunismo en las socialdemocracias antes de la primera Guerra Mundial no surgió ni de los academicistas ni de los “sindicalistas puros”, sino de la misma burocracia del partido socialdemócrata. Es decir, de una práctica de “legalismo” limitada por una parte a actividades electorales y parlamentarias, y por otra, a una lucha por reformas inmediatas de naturaleza económica y sindicalista. (¡Solamente describiendo esta práctica se puede confirmar qué tan parecida es a las que actualmente caracterizan a los comunistas de Europa occidental!)

Trotsky y Luxemburgo reconocieron este peligro de la burocracia más claramente y antes que Lenin. Ya desde 1904 Luxemburgo expresó la idea de que era posible una “brecha entre un ansioso ataque de las masas y la [excesivamente] circunspecta posición de la socialdemocracia”.⁴⁰ La idea es apenas expresada antes de ser descartada, la única posible validez que puede tener sería en el caso imaginario de una “sobrecentralización” del partido dentro de las líneas leninistas. Dos años después Trotsky ya expresaba esto con más precisión:

*Los partidos socialistas europeos, particularmente el más grande de ellos, el Partido Socialdemócrata Alemán, han desarrollado su conservadurismo en la misma proporción en que las masas han aceptado el socialismo y se han vuelto más organizadas y disciplinadas. Como consecuencia de esto, la socialdemocracia como una organización que encarna la experiencia política del proletariado puede en un determinado momento convertirse en un obstáculo directo a un conflicto abierto entre los trabajadores y la reacción burguesa. En otras palabras, el conservadurismo socialista-propagandista de los partidos proletarios puede en un determinado momento detener la lucha directa del proletariado para tomar el poder.*⁴¹

Este pronóstico ha sido trágicamente confirmado por la historia. Lenin no había visto esto hasta la víspera de la primera Guerra Mundial, mientras que la izquierda alemana ya había desechado sus ilusiones sobre la administración partidaria de la socialdemocracia.⁴²

Teoría de la organización, programa revolucionario y práctica revolucionaria

Sin embargo, después del choque traumatizante sufrido por Lenin el 4 de agosto de 1914, también él tomó un paso decisivo en este problema. *Desde entonces, el problema de la organización se convirtió no sólo en un problema de función, sino también de contenido.* Ya no es sólo un simple problema de contraponer “la organización” en general al “espontaneísmo” en general, como Lenin lo hace frecuentemente en el *¿Qué hacer?* y en *Un paso adelante, dos pasos atrás*. Ahora es ya un problema de distinguir cuidadosamente entre una organización objetivamente conservadora y una organización objetivamente revolucionaria. Esta distinción se hace de acuerdo a un criterio *objetivo* (programa revolucionario, llevar ese programa a las masas, práctica revolucionaria, etc.), y la combatividad espontánea de las masas es conscientemente preferida a las acciones o aun a la existencia de organizaciones de masas reformistas conservadoras. Fetichistas organizativos “ingenuos” podrían pretender que después de 1914 se pasó al bando del enfoque luxemburguista del “espontaneísmo” cuando, en los conflictos entre “masas desorganizadas” y la organización socialdemócrata, sistemáticamente defendió a las primeras en contra de la segunda, o acusa a ésta de traicionar a las primeras.⁴³ Lenin considera ahora la destrucción de organizaciones conservadoras como prerrequisito inevitable para la emancipación del proletariado.⁴⁴

No obstante la corrección, o mejor dicho, la complementación de su teoría de la organización, que Lenin llevó a cabo después de 1914, no fue un paso atrás, hacia la adoración del espontaneísmo “puro”, más bien un paso hacia adelante hacia la distinción entre el partido *revolucionario* y la organización en general. Ahora, en vez de decir que el propósito del partido es el de perfeccionar la conciencia política de clase de los obreros, la fórmula se vuelve más precisa: la función de la vanguardia revolucionaria consiste en desarrollar *conciencia revolucionaria* en la vanguardia de la clase trabajadora. La construcción del partido revolucionario de clase es el proceso por el cual el programa de la revolución socialista es fundido con la experiencia que ha adquirido en la lucha la mayoría de los trabajadores avanzados.⁴⁵

Esta elaboración y expansión de la teoría leninista de organización que siguió al estallido de la primera Guerra Mundial va de la mano con la expansión del concepto leninista de la relevancia de la revolución válida hasta ahora. Aunque antes de 1914 fue aplicada por Lenin limitándose a Rusia, después de 1914 se extendió a toda Europa. (Después de la revolución rusa de 1905 Lenin había reconocido el inmediato potencial revolucionario en las colonias y semicolonias.)

Consecuentemente, la validez del “plan estratégico” leninista para los países imperialistas de Europa occidental está hoy directamente vinculado al problema de la naturaleza de la época histórica en que vivimos. Desde el punto de vista del materialismo histórico está justificado derivar una concepción del partido desde el “potencial revolucionario actual” solamente si uno procede de la suposición —correcta y probable desde nuestro punto de vista— de que empezando con la primera Guerra Mundial y no más allá de la Revolución Rusa de octubre, el sistema capitalista mundial entró en una época de crisis estructural histórica⁴⁶ que *imprescindiblemente* lleva periódicamente a situaciones revolucionarias. Si, de otra manera, se asume que todavía estamos en una etapa ascendente del capitalismo como sistema mundial, entonces, tal concepción tendría que ser rechazada como totalmente “voluntarista”. Lo que es decisivo en el plan estratégico leninista no es la *propaganda* revolucionaria —que, por supuesto, los revolucionarios tienen que llevar a cabo aun en periodos no revolucionarios—, sino su enfoque sobre *acciones* revolucionarias que irruman en un futuro cercano o no muy distante. Aun en la época ascendente del capitalismo tales acciones fueron posibles (como por

ejemplo, la Comuna de París), pero existen sólo como excepciones sin éxito. Bajo tales condiciones, construir un partido concentrando los esfuerzos en preparar la participación efectiva en tales acciones, difícilmente tendría sentido.

La diferencia entre un “partido obrero” en general (refiriéndose a su membresía o aun a sus partidarios electorales) y un partido revolucionario obrero (o el núcleo de tal partido) se funda no sólo en un programa o en sus funciones sociales objetivas (que es promover, no pacificar todas las acciones de masas objetivamente revolucionarias o todos los retos y formas de acción que ataquen y pongan en duda la esencia del modo de producción capitalista y el Estado burgués), sino también en su facultad de encontrar el método pedagógico adecuado que permita llevar este programa a las crecientes masas obreras.

Sin embargo, se puede ir más lejos y formular el problema más agudamente: el peligro de que el aparato llegue a ser autónomo ¿está limitado únicamente a las organizaciones “obreras” oportunistas y reformistas, o amenaza a *cualquier* organización, incluyendo aquella con un programa revolucionario y con una práctica revolucionaria? ¿Que no es una creciente burocratización la consecuencia *inevitable* de *cualquier* división de trabajo, incluyendo aquella entre “líderes” y “membresía”, y aun en un grupo revolucionario? Por lo tanto, ¿no está cualquier organización revolucionaria una vez que haya crecido más allá de una pequeña periferia, condenada, en cierto punto de su desarrollo y el de la lucha de masas, a convertirse en un freno en la lucha de las masas proletarias por su emancipación?

Si este modo de argumentar fuera aceptado como correcto, llevaría únicamente a una conclusión: que la emancipación socialista de la clase obrera y de la humanidad es imposible —puesto que la supuesta inevitable “autonomización” y degeneración de cualquier organización debe ser vista *como parte del dilema*, y la otra parte es representada por la tendencia de todos los trabajadores desorganizados, todos los intelectuales parcialmente involucrados en la acción, y todas las personas atrapadas en la producción universal de mercancías a caer en una “falsa conciencia” pequeñoburguesa. Solamente una práctica revolucionaria comprensiva, cuya meta sea una conciencia total, y un enriquecimiento teórico, hará posible evitar la penetración de la “ideología de la clase dominante” dentro de las filas de individuos revolucionarios. Esto sólo puede ser una práctica colectiva y organizada. Si el argumento antes mencionado fuera correcto, se tendría que concluir que, con o sin organización, los obreros avanzados estarían condenados, ya sea a no alcanzar una conciencia política de clase o a perderla rápidamente.

En realidad, esta manera de argumentar es falsa porque equipara el comienzo de un proceso con su resultado final. Y así, de la existencia del *peligro* de que aun una organización revolucionaria llegue a ser autónoma se deduce, de una manera estática y fatalista, que esta autonomía es *inevitable*. Esto no es demostrable ni empírica ni teóricamente. El grado en el peligro de una degeneración burocrática de una organización revolucionaria de vanguardia —y aún más, de un partido revolucionario— depende no solo de la *tendencia* hacia la autonomía, que en realidad, aflige a todas las instituciones en la sociedad burguesa, sino también de las contratendencias existentes. Entre éstas se halla la integración de la organización revolucionaria a un movimiento internacional que es independiente de las organizaciones “nacionales” y que constantemente mantienen su mirada teórica en ellas (no por medio de un aparato sino por medio de la crítica política); y también está el involucrarse íntimamente en las luchas revolucionarias y de clase que hacen posible una continua selección de cuadros en la práctica, un esfuerzo sistemático de deshacerse de la división del trabajo asegurando una continua rotación del personal entre la fábrica, la universidad y los funcionarios de tiempo completo del partido; y también las garantías institucionales (limitaciones sobre el ingreso de los profesionales, defensa de las normas internas de la democracia interna y la libertad de

formar tendencias y facciones, etc.).

El resultado de estas tendencias contradictorias depende de la *lucha entre ellas*, que a la vez está determinada, en última instancia, por dos *factores sociales*:⁴⁷ por una parte, *el grado de los intereses sociales específicos* que se desprenden de la “organización autónoma” y por otra parte, el grado de *actividad política* de la vanguardia de la clase obrera. Únicamente cuando esta última disminuye decisivamente puede la primera salir al descubierto. Y así, todo el argumento equivale a una tediosa tautología: durante un periodo de *incremento en la pasividad* la clase obrera no puede estar luchando por su liberación. Esto no prueba del todo que durante un periodo de *incremento en la actividad* por parte de los trabajadores avanzados, no sean las organizaciones revolucionarias un instrumento efectivo para obtener la liberación, porque su “arbitrariedad” puede y debe ser circunscrita por la actividad independiente de la clase (o de sus sectores avanzados).

La organización revolucionaria es un instrumento para hacer revoluciones. Sin el incremento de la actividad política de las grandes masas obreras, las revoluciones proletarias, simplemente, no son posibles.

Teoría organizativa, centralismo democrático y democracia soviética

La objeción que se le hizo a la teoría leninista de la organización fue que por medio de su exagerado centralismo evitaría el desarrollo de la democracia interna del partido. Pero esta objeción es confusa, puesto que los principios leninistas de organización restringen a la organización a miembros activos *que operan bajo un control colectivo*, en realidad éstos incrementan más que reducen el ámbito de la democracia partidaria.

Una vez que la organización supera cierto tamaño numérico existen básicamente dos modelos organizativos posibles: el del club electoral en que se pagan cuotas (u organización territorial), que corresponde hoy a las formas de organización del Partido Socialdemócrata Alemán y del Partido Comunista Francés; o aquel de la unidad de combate basada en la selección únicamente de miembros activos y conscientes. Recalcando que el primer modelo, en teoría, permite cierta amplitud para el juego de hacer el ridículo por parte de quejumbrosos y oponentes, mas sólo cuando son cuestiones de importancia secundaria. *De esta manera la gran masa de membresía apolítica y pasiva provee al aparato con una base de votos que siempre puede ser movilizadada*, y que nada tiene que ver con la conciencia de clase. (Un número nada insignificante de estos miembros es incluso materialmente dependiente del aparato —el grueso de los empleados y trabajadores municipales y administrativos, los empleados de la misma organización obrera.)

Sin embargo, en la organización de combate que está compuesta de miembros que deben demostrar un mínimo de conciencia solamente para llegar a ser miembros, en realidad es mucho más grande la posibilidad de encontrar pensamiento independiente. Ni los *apparatchiks* y carreristas puros pueden tan fácilmente tomar el poder como en el club electoral ordinario. De esta manera, las diferencias de opinión no serán resueltas en términos de dependencia material o de “lealtad” abstracta, sino de acuerdo a su verdadera esencia. El mero hecho de que la organización esté compuesta en esta forma no es una garantía automática en contra de la burocratización de la organización. Pero al menos proporciona las condiciones esenciales para prevenirla.⁴⁸

La relación entre la organización revolucionaria (un núcleo de partido o un partido) y las masas de trabajadores cambia abruptamente tan pronto como ocurra una verdadera explosión revolucionaria. Para entonces las semillas sembradas durante años por elementos revolucionarios y conscientemente socialistas empezarían a dar frutos. Las grandes masas son capaces de lograr sin demora una conciencia de clase revolucionaria. La iniciativa revolucionaria de las grandes masas puede rebasar por mucho a la iniciativa de muchas agrupaciones revolucionarias.

En su *Historia de la Revolución Rusa*, Trotsky enfatiza en varias ocasiones que en ciertas coyunturas de la Revolución Rusa las masas obreras sobrepasaban al partido bolchevique.⁴⁹ No obstante, no se debería generalizar sobre este caso y sobre todo, no debe separarse del hecho de que, antes de las *Tesis de abril* de Lenin, la concepción de la naturaleza y meta de la Revolución Rusa y del partido bolchevique no había sido suficientemente elaborada.⁵⁰ Corrió el peligro de pagar caro por esto hasta que la acción decisiva no fue tomada por Lenin en las *Tesis de abril*. Fue capaz de hacer esto con facilidad porque las masas de trabajadores bolcheviques educados lo empujaron en esa dirección, ellos eran un reflejo de la poderosa radicalización de la clase obrera rusa.

Una objetiva y comprensiva apreciación del papel jugado por la organización del partido bolchevique en la Revolución Rusa, sin duda alguna tiene que ser formulada diferentemente. Mientras que los cuadros dirigentes del partido demostraron varias veces ser un bloque conservador que impedía al partido acoger la posición de Trotsky sobre la lucha por la dictadura del proletariado (el poder soviético), al mismo tiempo fue evidente que la cristalización de una vanguardia revolucionaria obrera educada en dos décadas de organización revolucionaria y actividad revolucionaria fue instrumental para hacer de este giro estratégico decisivo un éxito. Si se quisiera establecer una correlación entre la burocracia stalinista y “el concepto leninista del partido”, se tendría que hacer al menos una concesión a este elemento de intervención decisivo. *La victoria de Stalin no fue el resultado de la “teoría de la organización” leninista sino el resultado de la desaparición de un componente decisivo de este concepto: la presencia de una capa amplia de cuadros obreros, educados en la revolución y en mantener un alto grado de actividad, vinculada íntimamente con las masas.* Aun más, Lenin mismo no había negado de ninguna manera que la ausencia de este factor, el concepto leninista del partido, podría convertirse en su contrario.⁵¹

El sistema soviético es la única respuesta universal descubierta hasta ahora por la clase obrera de cómo organizar su actividad independiente durante y después de la revolución.⁵² Permite a todas las fuerzas dentro de la clase obrera —y a todas las capas trabajadoras y progresistas de la sociedad en general— vincularse en una confrontación abierta y simultánea entre las diferentes tendencias que existen dentro de la clase misma. Cualquier verdadero sistema soviético —es decir, el que en realidad es elegido por las masas trabajadoras y que no ha sido impuesto sobre ellas por este o aquel aparato con poder selectivo— podrá, por lo tanto, ser capaz de reflejar la diversidad ideológica y social de las capas proletarias que anteriormente han sido enfatizadas. Un consejo obrero es en realidad un frente unido de las tendencias políticas más diversas que están de acuerdo en un punto central: la defensa común de la revolución en contra del enemigo de clase. (De la misma manera, un comité de huelga refleja la más amplia variedad de diversas tendencias entre los obreros únicamente con una excepción: incluye sólo las tendencias que están participando en la huelga. Los esquirols no tienen un lugar en el comité de huelga.)

No hay ninguna contradicción entre la existencia de una organización revolucionaria de tipo leninista y una genuina democracia soviética o un poder soviético. Al contrario, sin el trabajo sistemático organizativo de una vanguardia revolucionaria, un sistema soviético sería rápidamente estrangulado por burocracias reformistas o semireformistas (por ejemplo, el

sistema soviético alemán de 1918 a 1919), o perderá su eficiencia política debido a su incapacidad de resolver las principales tareas políticas (por ejemplo, los comités revolucionarios españoles entre julio de 1936 y la primavera de 1937).

La hipótesis de que el sistema soviético hace al partido superfluo viene de una de estas dos fuentes: bien proceda de la ingenua suposición de que la participación de los soviets hace homogénea a la clase obrera de la noche a la mañana, disuelve todas las diferencias ideológicas y de interés, y sugiere automática y espontáneamente a toda la clase obrera “la solución revolucionaria” a todos los problemas estratégicos y tácticos de la revolución; o bien es sólo el pretexto para darle a un pequeño grupo “de líderes” autonominados la oportunidad de manipular a una amplia masa desarticulada, la cual está privada de cualquier posibilidad de enfrentarse sistemáticamente con los problemas estratégicos y tácticos de la revolución, o sea, *discutir libremente y diferenciarse políticamente a sí misma*. (Este es obviamente el caso, por ejemplo, del sistema yugoslavo de la llamada autogestión.)

Por lo tanto la organización revolucionaria *puede* garantizar a las masas trabajadoras en un sistema soviético un grado mayor de actividad independiente y de autoconciencia, y por consiguiente conciencia revolucionaria de clase, que cualquier otro sistema indiferenciado de representación. Pero, por supuesto, para este fin se debe estimular y no detener la acción independiente de las masas obreras. Es precisamente esta iniciativa independiente de las masas la que alcanza su desarrollo total en el sistema soviético. De nuevo llegamos a una conclusión similar: el concepto leninista de la organización, construido en base a una estrategia revolucionaria correcta (es decir, en una evaluación objetiva y correcta del proceso histórico), es sólo el coordinador colectivo sobre la actividad de las masas, la memoria colectiva y la experiencia digerida de las masas, en vez de unas constantes repetición y discontinuidad que se expanden en el tiempo, el espacio y la conciencia.

La historia también nos ha mostrado en esta vinculación que existe una diferencia substancial entre un partido que *se llame* a sí mismo revolucionario y el que en realidad *sea* revolucionario. Cuando un grupo de funcionarios no sólo se opone a la iniciativa y a la actividad de las masas, sino que también busca frustrarlas de cualquier manera, incluyendo la fuerza militar (Hungría en octubre y noviembre de 1956 o Checoslovaquia desde agosto de 1968), cuando este grupo no solamente no encuentra un lenguaje común con el sistema soviético que surge espontáneamente de la lucha de las masas, sino que estrangula y destruye a este sistema bajo pretexto de defender “el papel de dirección del partido”,⁵³ entonces no estamos hablando de un partido revolucionario del proletariado sino de un aparato que representa los intereses especiales de una capa privilegiada y profundamente hostil a la actividad independiente de las masas: la burocracia. El hecho de que un partido revolucionario pueda convertirse en un partido burocrático no es, sin embargo, un argumento en contra del concepto leninista de la organización, como el hecho de que algunos doctores hayan matado en vez de curar a muchos pacientes no representa un argumento en contra de la ciencia médica. La dirección contraria desde este concepto hacia un espontaneísmo “puro”, es comparable a retroceder de la ciencia médica a los curanderos.

Sociología del economismo, burocratismo y espontaneísmo

Cuando enfatizamos el hecho de que el concepto leninista de la organización representa en realidad un concepto del potencial existente para la revolución proletaria es porque ya estamos tratando el factor central en la teoría leninista de la conciencia de clase proletaria: el problema de la definición del sujeto revolucionario bajo el capitalismo.

Para Marx y Lenin (como también para Luxemburgo y Trotsky, aunque no extrajeron todas las conclusiones necesarias de este hecho sino hasta después de 1914), el sujeto revolucionario *es la clase obrera únicamente potencial y periódicamente revolucionaria* tal como trabaja, piense y viva bajo el capitalismo, es decir, en la totalidad de su existencia social.⁵⁴ La teoría leninista de la organización procede directamente de esta aseveración sobre la posición del sujeto revolucionario, porque es evidente que un sujeto, así definido, puede solamente ser *contradictorio*. Por un lado es expuesto a la esclavitud salarial, al trabajo enajenado, a la cosificación de todas las relaciones humanas y a la influencia de la ideología burguesa y pequeñoburguesa. Por otra parte, en intervalos periódicos, se vuelve una lucha de clases radicalizante y aun en una batalla abierta en contra del modo de producción capitalista y del aparato del Estado burgués. En esta fluctuación periódica se expresa la lucha de clases *real* en los últimos ciento cincuenta años. Es absolutamente imposible resumir la historia, digamos, del movimiento obrero francés o alemán de los últimos cien años con cualquiera de las dos fórmulas: “creciente pasividad” o “actividad revolucionaria ininterrumpida”. Es, obviamente, la unidad de estos dos elementos con énfasis alternante en uno u otro factor.

Como tendencias ideológicas, el oportunismo y el sectarismo tienen sus más profundas raíces teóricas en una definición no-dialéctica del sujeto revolucionario. Para los oportunistas, este sujeto revolucionario es el *obrero ordinario*. Tienden a imitar la actitud de este obrero en todo y se “postran ante su trasero”, como Plejánov lo describió. Si a los obreros les interesan únicamente los problemas de las fábricas, entonces son “sindicalistas puros”. Si los obreros se dejan llevar por una ola de chovinismo patriótico, entonces se convierten en socialpatriotas o socialimperialistas. Si los obreros se someten a la propaganda de la guerra fría, se convierten en guerreros fríos: “las masas nunca se equivocan”. La última y más maligna expresión de tal oportunismo consiste en determinar el programa —aunque sea un programa electoral—, ya no por medio de un análisis científico y objetivo de la sociedad, sino con la ayuda de encuestas de opinión.

Mas este oportunismo lleva a una contradicción insoluble. Afortunadamente, el sentir de las masas no se queda estático, sino que puede cambiar dramáticamente en un periodo bastante corto de tiempo. Hoy a los trabajadores les importan sólo los problemas internos de la fábrica, pero mañana saldrán a las calles en manifestación política. Hoy están “por” la defensa de la patria imperialista en contra del “enemigo externo”, pero mañana estarán hartos de la guerra y reconocerán de nuevo a su propia clase dominante como el principal enemigo. Hoy pasivamente aceptan la colaboración con sus patronos, pero mañana estarán en contra mediante una huelga loca. La lógica del oportunismo conduce —una vez que la adaptación a la sociedad burguesa se justifica por medio de referencias a la actitud de las “masas”— a la resistencia a *estas mismas masas* tan pronto como, en una inversión repentina, inician la acción contra la sociedad burguesa.

Los sectarios simplifican al sujeto revolucionario casi tanto como los oportunistas, pero en el sentido opuesto. Si para el oportunista lo único que cuenta es el obrero ordinario —es decir, el obrero que se está asimilando y adaptando a las relaciones burguesas— para los

sectarios sólo cuenta el proletariado “ideal”, el que actúa como revolucionario. Si el obrero no se comporta de una manera revolucionaria, ha cesado de ser un objeto revolucionario: se le degrada a la categoría de “burgués”. Extremistas sectarios —tales como ciertos “espontaneístas” ultraizquierdistas, algunos stalinistas y algunos maoístas— llegan incluso a igualar a la *clase* obrera con la *clase* capitalista si ésta se niega a aceptar totalmente la ideología sectaria particular en cuestión.⁵⁵

El objetivismo extremo por un lado (“todo lo que los obreros hacen es revolucionario”), y el subjetivismo extremo por el otro (“sólo aquellos que aceptan nuestra doctrina son revolucionarios o proletarios”), se unen en el análisis final cuando niegan el carácter objetivamente revolucionario de grandes luchas masivas dirigidas por las masas con una conciencia contradictoria. Para los objetivistas oportunistas estas luchas no son revolucionarias porque “el próximo mes la mayoría todavía irá a votar por el SPD (socialdemócratas de Alemania occidental) o por De Gaulle”. Los subjetivistas sectarios no quieren tener nada que ver con la revolución “porque el (es decir: *nuestro*) grupo revolucionario aún es muy débil”.

Se puede averiguar sin dificultad la naturaleza social de estas dos tendencias. Corresponden a la intelectualidad pequeñoburguesa: los oportunistas en su mayoría representan a la intelectualidad vinculada con la burocracia obrera en organizaciones de masas o en el aparato del Estado burgués, mientras que los sectarios representan a una intelectualidad que está desclasada o únicamente observa desde el exterior, quedándose afuera del verdadero movimiento. En los dos casos la separación forzada entre los factores objetivos y subjetivos que operan con el sujeto revolucionario en contradicción mas no en forma dividida, corresponden a un divorcio entre práctica y teoría que puede conducir únicamente a una práctica oportunista y a una idealizada “teoría” que encama a una “falsa conciencia”.

Sin embargo es característico de muchos oportunistas (entre otros los burócratas sindicalistas) como también de muchos sectarios literarios, acusar precisamente a los marxistas revolucionarios de ser intelectuales pequeñoburgueses que gustarían de “subyugar” a la clase obrera.⁵⁰ Este problema también juega un cierto papel en las discusiones dentro del movimiento revolucionario estudiantil. Por lo tanto, es necesario analizar más de cerca el problema de la sociología de la burocracia, del economismo y del espontaneísmo (o de la “técnica artesanal” en el problema organizativo).

La mediación entre trabajo manual y trabajo mental, producción y acumulación se presentan en varias ocasiones dentro de la sociedad burguesa aunque a diferentes niveles, por ejemplo en la fábrica. Lo que se quiere decir con el concepto general de “intelectualidad”, “pequeñoburguesía intelectual” o “intelectualidad técnica” en realidad corresponde a muchas actividades diferentes de tal interposición, cuya relación con la verdadera lucha de clases es bastante peculiar. Se podrían describir esencialmente las siguientes categorías (que de ninguna manera pretendemos constituyan un análisis completo):

1) Los genuinos intermediarios entre el capital y el trabajo en el proceso de la producción, es decir, los funcionarios secundarios del capital: capataces, tomadores de tiempo y demás personal de confianza en la fábrica, entre cuyas tareas está la de cuidar, en interés del capital, la disciplina laboral dentro de la fábrica.

2) Los intermediarios entre la ciencia y la técnica, entre la técnica y la producción: ayudantes de laboratorio, investigadores científicos, inventores, tecnólogos, planeadores, ingenieros proyectistas, dibujantes, etc. En contraste con la categoría número uno, estos sectores no son cómplices en el proceso de extraer plusvalía al productor. Forman parte en el

proceso material de la producción en sí, y por esa razón no son explotadores sino productores de plusvalía.

3) Los intermediarios entre la producción y la realización de la plusvalía: administradores y oficinistas publicitarios, institutos de investigación de mercado, cuadros y científicos ocupados en el sector de la distribución, especialistas en mercadotecnia, etc.

4) Los intermediarios entre compradores y vendedores de la mercancía de la fuerza de trabajo: sobre todo, éstos son los funcionarios sindicales y, en un sentido más amplio, todos los funcionarios de las organizaciones de masas en el movimiento obrero.

5) Los intermediarios entre el capital y el trabajo en la esfera de la superestructura, los productores ideológicos (es decir, aquellos que están ocupados en producir ideologías): un sector de los políticos burgueses (los fabricantes de opinión pública), de los profesores burgueses de las llamadas humanidades, de los periodistas, algunos artistas, etc.

6) Los intermediarios entre la ciencia y la clase obrera, los productores teóricos que no han sido incorporados profesionalmente en la producción ideológica de la clase dominante y que son relativamente capaces, encontrándose libres de la dependencia material de esta producción, de ocuparse en la crítica de las relaciones burguesas.

Se podría agregar un séptimo grupo, que está parcialmente incluido en el quinto y parcialmente en el sexto. En una clásica sociedad burguesa estable, la enseñanza como profesión cae en la categoría número 5, tanto por la predominancia ilimitada de la ideología burguesa como por lo generalmente abstracto e ideológicamente característico de toda la enseñanza profesional. Sin embargo, con el crecimiento de la crisis estructural en los centros de enseñanza superior y las universidades neocapitalistas, se lleva a cabo un cambio en sus patrones objetivos. Por un lado, la crisis general del capitalismo precipita una crisis general en la ideología neocapitalista, que es puesta en duda constantemente. Por otro lado, la enseñanza sirve en menor grado a un adoctrinamiento ideológico abstracto y en mayor grado a una directa preparación tecnocrática para los trabajadores intelectuales futuros (de las categorías 2 y 3), para ser incorporados en el proceso de producción. Esto hace posible que el contenido de tal enseñanza esté crecientemente vinculado a una recobrada conciencia de enajenación individual, como también a una crítica social en campos que están relacionados (y aun para una crítica social general).

Ahora se ve más claro que parte de la intelectualidad ejerce una influencia negativa sobre el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado: sobre todo los grupos 3, 4 y 5 (no se dice nada sobre el grupo número 1 porque, en general, de todas formas mantiene su distancia con las organizaciones obreras). Lo que es más peligroso para la iniciativa y seguridad de la clase obrera es una simbiosis o fusión de los grupos 4 y 5 como ha ocurrido en gran escala desde la primera Guerra Mundial en la socialdemocracia y hoy parcialmente ocurre en las organizaciones comunistas de masas de occidente, orientadas por Moscú.

Los grupos 2 y 6, por otro lado, sólo pueden realzar el impacto de la clase obrera y de las organizaciones revolucionarias *porque las proveen con el conocimiento indispensable a una crítica implacable de la sociedad burguesa para el derrocamiento victorioso de esta sociedad, y aun más para la victoriosa expropiación de los medios de producción por la asociación de los obreros.*

Aquellos que están en contra de la unión creciente de las organizaciones obreras con los grupos números 2 y 6 de la intelectualidad, objetivamente son aliados de los grupos 3, 4 y 5 en ejercer su influencia negativa en la clase obrera. Porque en la historia nunca se ha dado una lucha de clases que no haya sido acompañada por una lucha ideológica.⁵⁷ Se reduce a un

problema de determinar *qué* ideología puede realizarse en la clase obrera; para expresarlo mejor, o bien la ideología burguesa y pequeño-burguesa o bien la teoría marxista científica serán las que se desarrollen entre los trabajadores. Cualquiera que se oponga a “cualquier influencia intelectual externa” dentro de la clase obrera en lucha se olvida o descarta el hecho de que la influencia que los grupos 1, 3, 4 y 5 ejercen sobre la clase obrera está *permanentemente e irremisiblemente* influyendo en el proletariado por medio de todo el mecanismo de la sociedad burguesa y de la economía capitalista, además de que los ultraizquierdistas “espontaneístas” no tienen a su disposición ninguna panacea para acabar con este proceso. Machacar en contra de la influencia de los intelectuales marxistas dentro de la clase obrera sencillamente se traduce en dejar que la influencia de la intelectualidad burguesa se extienda sin oposición.⁵⁸

O aún peor, al resistirse a la formación de una organización revolucionaria y a la educación de proletarios profesionales revolucionarios, los mencheviques y los “espontaneístas” están objetivamente forzados a ayudar a perpetuar la división entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, es decir, la subyugación espiritual de los obreros a los intelectuales y a la, en gran medida, rápida burocratización de las organizaciones obreras. Puesto que un obrero que permanece continuamente dentro del proceso capitalista de la producción, por lo general no estará capacitado para asimilar globalmente la teoría, y por lo tanto permanecerá dependiente de “los especialistas pequeñoburgueses”. Por esta razón, se puede dar un paso decisivo sobre la organización revolucionaria hacia la emancipación intelectual de por lo menos los trabajadores más avanzados y hacia una victoria inicial sobre la división del trabajo dentro del movimiento obrero en sí, por medio de la extracción intermitente de obreros procedentes de las fábricas.

Esta no es la última palabra en la sociología del espontaneísmo. Debemos preguntarnos: ¿En qué sector de la clase obrera tiene más influencia la “antipatía” y la “desconfianza” hacia los intelectuales? Obviamente en aquellos sectores cuya existencia social y económica *los expone más agudamente a un conflicto real con el trabajo intelectual*. En su mayoría son los obreros de las fábricas pequeñas y medianas, amenazados por el progreso tecnológico; obreros autoinstruidos que por medio de un esfuerzo personal se han diferenciado de las masas; obreros que han subido a la cima de las organizaciones burocráticas; obreros que a causa de su bajo nivel cultural y educativo se encuentran alejados del trabajo intelectual y por lo tanto lo miran con gran desconfianza y hostilidad. En otras palabras, la base social del economismo, del espontaneísmo, el “enfoque artesanal” sobre el problema de la organización y la hostilidad hacia la ciencia en el seno de la clase obrera lo constituye el estrato artesanal de esta clase.

Por otro lado, entre los obreros de las grandes fábricas y de las grandes ciudades y de las ramas extensivas de la industria a la vanguardia del progreso tecnológico, la sed de conocimiento, una familiarización más amplia con el progreso técnico y científico, y una base más amplia hacia la proyección de la conquista del poder, tanto en las fábricas como en el Estado, hace mucho más fácil el entendimiento del papel objetivamente necesario de los teóricos revolucionarios y de la organización revolucionaria.

Por lo general, si no es que siempre, las tendencias espontaneístas en el movimiento obrero corresponden exactamente a esta base social. Esto fue cierto especialmente para los anarcosindicalistas en los países latinos antes de la primera Guerra Mundial. Y también fue cierto para los mencheviques que fueron totalmente derrotados por el bolchevismo en las grandes fábricas metropolitanas, pero que encuentran su base proletaria más importante en los típicos pueblos mineros pequeños y en los campos petroleros del sur de Rusia.⁵⁹ En esta era de la tercera revolución industrial en que se intenta revivir esta técnica de casta artesanal bajo el pretexto de garantizar “autonomía obrera”, se podrían tener los mismos resultados que hubo

en el pasado —principalmente disipar las fuerzas de la clase obrera avanzada y potencialmente revolucionaria y dar un empuje a las secciones burocratizadas y semiartesanales del movimiento, que están bajo la constante influencia de la ideología burguesa.

Intelectualidad científica, ciencia social y conciencia proletaria

La integración del trabajo intelectual al proceso de producción llevada a cabo por la tercera revolución industrial, que fue prevista por Marx y cuyos cimientos estaban ya presentes en la segunda revolución industrial,⁶⁰ ha creado el prerrequisito para que un estrato más amplio de intelectualidad recupere su conciencia de la enajenación, conciencia que había perdido a través de su alejamiento del proceso de producción directo de la plusvalía, y su transformación en un consumidor directo o indirecto de la plusvalía. Puesto que éste, también, es sobrepuesto por la enajenación en la sociedad burguesa. Esta es la base material, no sólo para la rebelión estudiantil en los países imperialistas, sino también para la posibilidad de la participación de un número creciente de científicos y técnicos en el movimiento revolucionario.

La participación de la intelectualidad en el movimiento socialista clásico, anterior a la primera Guerra Mundial, generalmente tendía a decaer. Aunque fue considerable al principio del movimiento se fue restringiendo cada vez más conforme el movimiento de la clase trabajadora se fortalecía. En una poco conocida polémica en contra de Max Adler, en 1910, Trotsky desveló las causas de este proceso como totalmente materialistas: la dependencia social de la intelectualidad en la gran burguesía y en el Estado burgués; la identificación ideológica con los intereses de la clase a la cual sirve; y la incapacidad del movimiento obrero, organizado como una “contrasociedad”, a competir con su contraparte. Trotsky predijo que este estado de cosas cambiaría muy rápidamente, en una época revolucionaria, en el umbral de la revolución proletaria.⁶¹

Sin embargo, de estas premisas correctas, extrajo lo que eran conclusiones tácticas incorrectas, cuando por ejemplo fracasó en puntualizar la gran importancia que Lenin le asignaba al movimiento estudiantil de 1908-1909 (que había resurgido en medio de la contrarrevolución triunfante); este último lo consideraba el augurio del subsecuente nuevo ascenso en el movimiento de masas (que habría de comenzar en 1912).

Llegó al grado de expresar que sería un “error” de la dirección intelectual de la socialdemocracia rusa si era capaz de expandir “sus características sociales generales: su espíritu sectario, un individualismo típico de los intelectuales, su fetichismo ideológico”.⁶² Como lo admitiría Trotsky posteriormente, en aquel tiempo él subestimaba la *significación política y social* de la lucha faccional entre los bolcheviques y los liquidadores, que era sólo una prolongación de la lucha anterior entre bolcheviques y mencheviques. La historia habría de mostrar que esta lucha no tenía nada que ver con el producto de un “sectarismo intelectual”, sino con la separación de la conciencia socialista revolucionaria, de la conciencia pequeñoburguesa reformista.⁶³

Aun así, es correcto afirmar que la participación de la intelectualidad revolucionaria rusa en la construcción de un partido revolucionario de clase del proletariado ruso, fue, de todas maneras, una selección individual pura sin raíces sociales. Y desde la Revolución de Octubre, ello se ha vuelto inevitablemente en contra de la revolución proletaria, pues las masas de la intelectualidad técnica no fueron capaces de pasarse al campo de la revolución. En un

principio sabotearon la producción económica y los métodos de organización social dentro de la escala más amplia; más tarde su cooperación tuvo que ser “comprada” por medio de salarios elevados; finalmente se convirtieron en la fuerza motora de la burocratización y de la degeneración de la revolución.

En la medida en que hoy la posición de la intelectualidad técnica (especialmente la perteneciente a la categoría 2, mencionada anteriormente) ha cambiado decisivamente dentro del proceso material de producción, y puesto que esta intelectualidad técnica está siendo transformada gradualmente en un sector de la clase asalariada, la posibilidad de su participación masiva dentro del proceso revolucionario y en la reorganización de la sociedad, está sustentada sobre bases más firmes que en el pasado. Federico Engels ya había señalado el papel históricamente decisivo que esta intelectualidad podría cumplir en la construcción de la sociedad socialista.

Para poder tomar y poner a funcionar los medios de producción necesitamos, en grandes cantidades, personas que estén técnicamente calificadas. No las tenemos. . . Me imagino que nosotros en los próximos ocho a diez años estaremos reclutando suficientes técnicos, doctores, abogados y maestros jóvenes para que los camaradas del partido estén capacitados para administrar las fábricas y los bienes esenciales para la nación. Entonces nuestro ascenso al poder será bastante natural y podrá funcionar más o menos tranquilamente. Si, por otra parte, llegamos al poder por medio de una guerra, los técnicos serán nuestros principales oponentes, nos engañarán y traicionarán cada vez que les sea posible. Tendremos que usar el terror en contra de ellos, y aun así, nos cubrirán con sus excrementos.⁶⁴

Por supuesto, debemos agregar que, a través de esta tercera revolución industrial, la clase obrera misma, que está mucho más calificada que en 1890, muestra una habilidad superior para manejar directamente las fábricas que la clase obrera en vida de Engels. Pero, en último análisis, lo que requieren las grandes masas es la habilidad técnica para que les permita ejercer un control político y social sobre los “especialistas” (un asunto sobre el cual Lenin tuvo tantas ilusiones en 1918). Una unión creciente entre la intelectualidad científica y el proletariado industrial, y la creciente participación de intelectuales revolucionarios dentro del partido revolucionario, de hecho facilitan este control.

En la medida en que la socialización objetiva de la producción y el trabajo por una parte, y la apropiación privada por otra (o sea, en la medida en que la crisis de las relaciones capitalistas de producción se agudiza) —y hoy estamos viviendo una forma nueva y más aguda de esta contradicción, que sirvió de base a los sucesos de mayo en Francia y a las luchas de masas en Italia durante 1969— y en la medida en que el neocapitalismo busca una nueva venia para prolongar su vida al elevar el nivel de consumo de la clase obrera, la ciencia, con creces, llegará a ser para las masas una fuerza productiva revolucionaria en dos aspectos: con la automatización y la creciente montaña de mercancías, produce una crisis cada vez más grande en el proceso de producción y distribución del capital, que está basado sobre la producción generalizada de mercancías; en masas crecientes de personas produce una conciencia revolucionaria al permitir que caigan los mitos y máscaras de la rutina capitalista, y al posibilitar al obrero, que reconquista la conciencia de estar enajenado, para acabar con esta enajenación. En la medida en que encontramos que la barrera decisiva, que hoy estorba a la clase obrera el poder adquirir una conciencia política de clase, reside en menor grado sobre la miseria de las masas y en la extrema pobreza de sus alrededores, y en mayor grado en la influencia constante del consumo y la mistificación ideológica de la pequeña burguesía y de la burguesía, es precisamente entonces cuando el proceso de abrir los ojos hacia la ciencia social crítica puede jugar un verdadero papel revolucionario en el nuevo despertar de la conciencia de clase entre las masas.

Desde luego que esto hace necesaria la existencia de vínculos concretos con las masas trabajadoras —un requisito que pueden llenar únicamente los obreros avanzados, por una parte, y por otra, la organización revolucionaria. Y esto requiere que la intelectualidad científica revolucionaria no “vaya al pueblo”, con el modesto masoquismo populista que la restringe a sostener humildemente las luchas por salarios más elevados, sino que lleve hacia los estratos despertados y críticos de la clase obrera lo que por ellos mismos no pueden llevar a cabo, debido al estado fragmentado de su conciencia: el conocimiento científico y la conciencia que los posibilitará a reconocer la verdadera faz de la escandalosamente velada explotación y de la opresión disfrazada a que son sometidos.

Pedagogía histórica y comunicación de la conciencia de clase

Una vez que entendemos que la teoría leninista de organización intenta dar respuesta a los problemas del potencial actual para la revolución y del sujeto revolucionario, esta teoría nos lleva directamente hacia el problema de la pedagogía histórica, es decir, el problema de *transformar* la conciencia de clase potencial y la conciencia de clase sindicalista, en conciencia política revolucionaria. Este problema puede ser resuelto únicamente a la luz de la clasificación de la clase obrera delineada anteriormente la masa de obreros, los obreros avanzados y los cuadros revolucionarios organizados. Para asimilar su creciente conciencia de clase, cada estrato requiere de sus propios métodos de instrucción, pasa a través de su propio método de aprendizaje y necesita tener un método de comunicación especial con la clase en su totalidad y con el ámbito de la producción teórica. El papel histórico del partido revolucionario de vanguardia que Lenin tenía en mente puede ser resumido como aquel que conjuntamente expresa estas tres formas de pedagogía.

Las grandes masas aprenden sólo a través de la acción. Esperar impartirles conciencia revolucionaria a través de la propaganda es un esfuerzo digno de Sísifo —y además infructuoso. Sin embargo, a pesar de que las masas aprenden únicamente a través de la acción, no necesariamente *todas* las acciones conducen hacia la adquisición masiva de la conciencia *revolucionaria* de clase. Las acciones en torno a objetivos económicos y políticos realizables de inmediato y que pueden ser logradas en el ámbito del orden social capitalista, no producen conciencia de clase revolucionaria. Esta era una de las grandes “ilusiones” de los socialdemócratas “optimistas” a finales del siglo XIX y principios del XX (incluyendo a Engels), quienes creían que existía una línea recta entre las victorias parciales en las luchas electorales, las huelgas de concienciación revolucionaria y un incremento en la combatividad revolucionaria del proletariado.⁶⁵

Se ha probado que esto es incorrecto históricamente. Los éxitos parciales ciertamente jugaron un papel significativo y positivo en fortalecer la confianza propia y la combatividad de las masas proletarias en general. (Los anarquistas estaban equivocados al rechazar estas luchas parciales prematuramente.) Sin embargo, no prepararon a las masas trabajadoras para la lucha revolucionaria. La falta de experiencia en las luchas revolucionarias de la clase obrera alemana por una parte, y la existencia de tal experiencia en la clase obrera rusa, por otra, fue la diferencia más importante en la conciencia entre ambas clases obreras la víspera de la primera Guerra Mundial. Decisivamente contribuyó al diferente resultado de las revoluciones de 1917 y 1919 en Rusia y Alemania.

Debido a que la meta de las acciones de masas es generalmente la satisfacción de necesidades inmediatas, vincular las demandas por estas necesidades llega a ser un aspecto

importante de la estrategia revolucionaria, lo que objetivamente no puede ser alcanzado u obtenido de un solo golpe dentro del ámbito del orden social capitalista, y esto produce una dinámica objetivamente revolucionaria, que conduce a una prueba de fuerza a las dos clases sociales decisivas sobre la cuestión del poder. Esta es la estrategia de las demandas transitorias que, a través de los esfuerzos de Lenin, fueron incorporadas al programa de la Internacional Comunista en su IV Congreso, y que fueron elaboradas más tarde por Trotsky como el cuerpo principal del programa de la IV Internacional.⁶⁶

El desarrollo de la conciencia de clase revolucionaria es posible únicamente si se acumula la *experiencia* de las luchas que no se limitan a demandas parciales dentro del marco capitalista. La inyección gradual de estas demandas hacia la lucha de masas puede ser traída a colación sólo a través de los esfuerzos de una masa amplia de obreros avanzados que están estrechamente vinculados a las masas, y que son quienes diseminan y publican estas demandas (que en general no surgen espontáneamente de la experiencia diaria de la clase) en las fábricas, experimentando con ellas en varias escaramuzas, y esparciéndolas a través de la agitación, hasta que se llegue a un punto en que condiciones objetivas y subjetivas favorables convergen, convirtiendo la realización de estas demandas en el verdadero objetivo de las grandes huelgas, manifestaciones, campañas de agitación, etc.

A pesar de que la conciencia revolucionaria de clase entre las grandes masas se desarrolla únicamente a partir de la *experiencia de la lucha objetivamente revolucionaria*, en los obreros revolucionarios surge de la experiencia de la vida, el trabajo y la lucha en general. Estas experiencias no *necesitan* ser forzosamente revolucionarias. De las experiencias diarias del conflicto de clases, estos obreros avanzados extraen las conclusiones elementales acerca de la necesidad de la solidaridad de clase, la acción de clase y la organización de clase. Las formas programáticas y organizativas a través de las cuales esta acción y esta organización deben ser dirigidas, varían ampliamente de acuerdo a las condiciones objetivas y a las experiencias concretas. No obstante, la experiencia de los obreros avanzados, en la vida, el trabajo y la lucha, los acerca a comprender la insuficiencia de la actividad que busca meramente reformar la sociedad existente, en vez de abolirla.

La actividad de la vanguardia revolucionaria es capaz de posibilitar la conciencia de clase de los obreros avanzados para que crucen este umbral. No puede actuar como catalizador automáticamente, ni desatendiendo las condiciones objetivas. Puede jugar este papel sólo cuando es igual a la magnitud de sus tareas, es decir, si el contenido de su actividad teórica, propagandística y literaria corresponde a las necesidades de los obreros avanzados, y si la forma de esta actividad no tergiversa las leyes de la pedagogía (evitando ultimátums). Al mismo tiempo, este tipo de actividad debe ser vinculada a la *actividad de índole práctica* y a una *perspectiva política*, facilitando de esta manera, al promover la verosimilitud de ambas, la estrategia revolucionaria y la organización.

En los periodos de receso de las luchas de clases, de una declinación temporal en la confianza propia de la clase obrera, durante los cuales la estabilidad del enemigo de clase está aparentemente asegurada, la vanguardia revolucionaria no será capaz de llevar a cabo sus objetivos, aunque su actividad iguale la tarea de catalizar la conciencia de clase revolucionaria entre las más amplias capas de obreros avanzados. La creencia de que la simple defensa del “método táctico correcto” o de la “línea correcta” es suficiente para generar una fuerza revolucionaria creciente, aun en periodos de reflujo, en la lucha de clases, es una ilusión que surge del racionalismo burgués, y no del materialismo dialéctico. Esta ilusión, incidentalmente, es causa de muchos rompimientos dentro del movimiento revolucionario, debido a que el sectarismo organizativo de los que rompen está basado en el ingenuo punto de vista de que la “aplicación de la táctica correcta” puede ganar a mucha gente en la, hasta ahora, incólume

periferia, que la que puede ganarse entre los revolucionarios que ya están organizados. Mientras las condiciones objetivas se mantengan desfavorables, estos rompimientos generalmente terminarán como grupúsculos aún más débiles que aquellos cuyas “tácticas falsas” los hacían tan dignos de ser condenados.

Esto no quiere decir, sin embargo, que el trabajo de la vanguardia revolucionaria entre los obreros avanzados sea inútil y no rinda efectos durante circunstancias objetivas desfavorables. No produce un éxito *inmediato*; no obstante es una *preparación* tremendamente importante, y aun decisiva, para la crisis cuando la lucha de clases asciende una vez más!

De la misma manera en que las grandes masas sin experiencia en la lucha revolucionaria no pueden desarrollar una conciencia de clase revolucionaria, los obreros avanzados que nunca han oído de las demandas de transición, no pueden introducirlas en la próxima oleada de la lucha de clases. La preparación paciente y persistente, realizada con gran cuidado en los detalles, por parte de una organización revolucionaria de vanguardia, algunas veces por un periodo de años, se paga ella misma en forma de ricos dividendos el día en que los “líderes naturales de la clase”, todavía dubitativos y no liberados de influencias hostiles, súbitamente, durante una gran huelga o manifestación, asumen la demanda por el control obrero y la impulsan hasta la primera línea de la lucha.⁶⁷

Sin embargo, para tener la capacidad de convencer a los obreros avanzados y a la intelectualidad radical de un país de la necesidad de extender las grandes luchas de masas más allá del nivel de las demandas inmediatas hacia las demandas de transición, no le bastará a la vanguardia revolucionaria con haberse aprendido de memoria una lista de tales demandas sacada de Lenin o de Trotsky. Debe adquirir un doble conocimiento y un método ambiguo de asimilación. Por una parte debe asimilar las experiencias principales del proletariado internacional en más de un siglo de lucha de clases revolucionaria. Por otra parte, debe llevar a cabo un análisis continuo y serio de la realidad social general de hoy, tanto nacional como internacional. Únicamente esto hace posible la aplicación de las lecciones históricas a la realidad que se vive. Es claro que, sobre la base de la teoría marxista del conocimiento, sólo la práctica puede, en última instancia, llegar a proveer el criterio suficiente para medir la asimilación teórica real de la realidad actual. Por esa razón, la práctica internacional es un prerrequisito indispensable para el análisis marxista internacional, y una organización internacional es un prerrequisito indispensable para tal práctica.

Sin una asimilación seria de la experiencia histórica total del movimiento obrero internacional, desde la revolución de 1848 hasta el presente, es imposible determinar con precisión científica, ya sean las contradicciones de la sociedad neocapitalista actual —a escala mundial así como en países por separado— de la contradicción concreta que acompaña a la formación de la conciencia de clase proletaria, o el tipo de lucha que puede llevar hacia una situación prerrevolucionaria. La historia es el único laboratorio para las ciencias sociales. Sin asimilar las lecciones de la historia, el marxista seudorrevolucionario de hoy no sirve más que un “estudiante de medicina” que rehusa entrar en el laboratorio de disección.

Debe señalarse, en esta concatenación, que todos los intentos de mantener al movimiento revolucionario, recién surgido, “fuera de los rompimientos del pasado”, demuestra una falla total en la comprensión de la naturaleza sociopolítica de esta diferenciación dentro del movimiento obrero internacional. Si se hacen a un lado los factores personales e incidentales inevitables involucrados en estas diferenciaciones, tenemos que llegar a la conclusión de que las grandes disputas en el movimiento obrero internacional, desde la fundación de la I Internacional (las disputas entre el marxismo y el anarquismo; entre el marxismo y el revisionismo; entre el bolchevismo y el menchevismo; entre el

internacionalismo y el socialpatriotismo; entre los que defendían a la dictadura del proletariado y los que defendían a la democracia burguesa; entre el trotskismo y el stalinismo; entre el maoísmo y el jruchovismo) están tocando puntos fundamentales para la revolución proletaria y para la estrategia y táctica de la lucha de clases revolucionaria. *Estos problemas básicos son productos de la misma naturaleza del capitalismo, del proletariado y de la lucha revolucionaria.* Por lo tanto permanecerán haciendo preguntas mientras el problema de crear la sociedad sin clases a escala mundial no haya sido resuelto en forma práctica. Ningún tipo de “tacto”, no importa qué tan artístico, y ningún “conciliacionismo”, no importa cuán magnánimo, pueden, a la larga, impedir que estas preguntas surjan de la práctica misma y confronten cada nueva generación de revolucionarios. Todo lo que se obtiene en el intento de evitar una discusión sobre estos problemas es que, en vez de traerlos a colación, analizarlos y resolverlos de una manera metódica y científica, se hace asistemáticamente, a la ligera, sin ningún plan, y sin conocimientos o entrenamiento suficientes.

Sin embargo, aunque la asimilación de la esencia histórica de la teoría marxista sea necesaria, resulta en y de sí misma un prerrequisito insuficiente para transmitir la conciencia de clase revolucionaria a los obreros avanzados y a la intelectualidad radical. Además, se requiere un análisis sistemático del presente, sin el cual la teoría no puede proporcionar los medios necesarios para descubrir, ya sea la capacidad inmediata de la clase obrera para la lucha, ya los “eslabones débiles” en el modo de producción neocapitalista y en la sociedad burguesa; tampoco puede proporcionar los medios para formular las demandas de transición apropiadas (así como el método pedagógico adecuado para enarbolarlas). Sólo la combinación de un serio análisis social y completo, y de un análisis crítico del presente, y la asimilación de las lecciones de la historia del movimiento obrero, pueden crear un instrumento efectivo para el éxito teórico de la tarea de una vanguardia revolucionaria.⁶⁸

Sin la experiencia de la lucha revolucionaria de las grandes masas, no puede existir una conciencia revolucionaria de clase entre estas masas. Sin la intervención consciente de los obreros avanzados, que inyecten las demandas transitorias a la lucha obrera, difícilmente habría experiencias para la lucha revolucionaria por parte de las grandes masas. Sin la extensión de las demandas de transición por parte de la vanguardia revolucionaria, no puede haber posibilidad de trabajadores avanzados que influyan a las masas, de manera verdaderamente anticapitalista. Sin un programa revolucionario, sin un estudio acabado de la historia del movimiento obrero, sin la aplicación de este estudio para el presente, y sin la prueba práctica de la capacidad de la vanguardia revolucionaria para desempeñar exitosamente el papel dirigente en por lo menos algunos sectores y situaciones, no puede haber posibilidad de convencer a los obreros avanzados de la necesidad de la organización revolucionaria y, por lo tanto, ninguna posibilidad (o sólo una muy lejana) de que las demandas de transición apropiadas a la situación objetiva puedan ser manejadas por los obreros avanzados. De esta manera los diversos factores que intervienen en la formación de la conciencia de clase subrayan y se relacionan con el concepto leninista de organización.

El proceso de construir un partido revolucionario adquiere su carácter unificado a través de la expresión conjunta de las lecciones de las masas en acción, las lecciones de los obreros avanzados en la experiencia práctica, y las lecciones del cuadro revolucionario en la transmisión de la teoría y la práctica revolucionaria. Existe una interrelación constante entre el aprendizaje y la lección, aun entre los cuadros revolucionarios, que tienen que llegar a la capacidad de abandonar cualquier tipo de arrogancia que se desprenda de su conocimiento teórico. *Esta capacidad procede de la comprensión de que la teoría comprueba su derecho a existir únicamente a través de su relación con la verdadera lucha de clases y por su capacidad de transformar la conciencia de clase potencialmente revolucionaria en una conciencia de clase revolucionaria real de los amplios estratos de obreros.* La famosa aseveración hecha por Marx de que los maestros deben a su vez ser educados⁶⁹

quiere decir exactamente lo que dice. No quiere decir que una transformación consciente de la sociedad es posible sin la pedagogía revolucionaria. Y se le ha dado una expresión mucho más completa en el postulado marxista de que: “En la actividad revolucionaria, el cambiarse coincide con el hacer cambiar las circunstancias.”⁷⁰

*Texto publicado por primer vez en el *International Socialist Review*, Nueva York, diciembre de 1970.

NOTAS

1. Este concepto de ninguna manera fue inventado por Lenin. Corresponde a una tradición que, comenzada por Engels, pasando por Kautsky, llega hasta las doctrinas clásicas de la socialdemocracia internacional entre los años de 1880 y 1905. El programa de Hainfeld de la socialdemocracia austríaca, entre 1888 y 1889, explícitamente afirma: “La conciencia socialista es llevada a la lucha de clases proletaria desde afuera, no es algo que orgánicamente se desarrolle a partir de la lucha de clases.” En 1901, Kautsky publicó su artículo “Akademiker und Proletarier” en *Neue Zeit* (año 19, vol. 2, abril 17 de 1901), en el cual se expresa el mismo pensamiento (p. 89) de manera que inspiró directamente el *¿Qué hacer?* de Lenin.

Es bien sabido que Marx nunca perfeccionó un concepto uniforme del partido. Pero mientras que algunas veces refutó totalmente la idea de una organización de vanguardia, también formuló una concepción que enfoca muy de cerca el “introducir la conciencia socialista revolucionaria en la clase obrera”.

Nótese el siguiente pasaje de una carta que él escribió el 1º de enero de 1870, del Consejo Ejecutivo de la I Internacional al Comité Federal de la Suiza románica:

“Los ingleses poseen todos los *prerrequisitos materiales* para una revolución social. Lo que les falta es un *espíritu de generalización y pasión revolucionaria*. Esto es lo que únicamente el consejo ejecutivo puede remediar, y al hacerlo, apresurar el desarrollo de un movimiento auténticamente revolucionario en este país, y por consiguiente en *todas partes*. Los grandes éxitos que ya hemos alcanzado al respecto están siendo verificados por los más sagaces y distinguidos periódicos de la clase dominante... Para no mencionar a los llamados miembros radicales de la Cámara de los Comunes y la Cámara de los Lores, quienes tan sólo hace muy poco tiempo tenían una influencia significativa en los dirigentes de los trabajadores ingleses. Nos acusan públicamente de haber envenenado y casi sofocado el *espíritu inglés* de la clase obrera, y de haberla guiado al socialismo revolucionario.” (Marx y Engels, *Werke*. Ed. Dietz Verlag, Berlín, 1964, vol. XVI, pp. 386-87.)

El concepto del “potencial actual para la revolución” en Lenin fue formulado primero por Georg Lukács, como es bien sabido, en *Geschichte und Klassenbewusstsein* y particularmente en su *Lenin*. (Lukács, *Historia y conciencia de clase*. Ed. Grijalbo, México, 1968. *Lenin*, Ed. Grijalbo, México, 1970.)

2. Esto es cierto especialmente para la crucial categoría marxista de *práctica revolucionaria*, que fue desarrollada en la entonces desconocida *Ideología Alemana*.

3. En este sentido debe entenderse, entre otras, la famosa declaración de Marx al principio de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en la cual subrayó la naturaleza autocrítica constante de la revolución proletaria y su tendencia a regresar a cuestiones aparentemente ya saldadas. Con respecto a esto, Marx dice también que el proletariado ha sido hipnotizado por la “magnitud indefinida de sus propios objetivos”.

4. En el *Manifiesto Comunista* Marx y Engels declaran que “los comunistas no profesan ningunos principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario”. En la edición inglesa de 1888, Engels puso la palabra “sectarios” en vez de la palabra “especiales”. Al hacer esto, expresó el hecho de que el socialismo científico seguramente trata de impulsar principios “especiales” en el movimiento obrero, mas sólo aquellos que resultan objetivamente del curso general de la lucha de clases del proletariado, es decir, de la historia contemporánea, y no aquellos peculiares únicamente para el credo de una secta particular, es decir, el aspecto puramente incidental de la lucha de clases proletaria.

5. Esta idea es punzantemente expresada por Trotsky en la introducción a la primera edición rusa de su libro, *La revolución permanente* (Ed. Clave, México, 1970). Mao Tse-tung más de una vez ha puesto énfasis también sobre esta idea. En agudo contraste está la noción del “modo socialista de producción” o aun de “un sistema social desarrollado del socialismo” en que la primera etapa del comunismo es considerada como algo fijo y no simplemente como una fase transitoria en el desarrollo de la revolución permanente del capitalismo al comunismo.

6. Nótese la conocida declaración de Lenin de que no hay “situaciones económicas inexorables” para la burguesía imperialista.

7. De esta manera la conciencia de clase burguesa en ascenso, y aun la conciencia de clase plebeya o semiproletaria en ascenso durante los siglos XVI y XVII, fueron expresadas dentro de un contexto totalmente religioso, llegando a un materialismo

manifiesto sólo con la decadencia total del orden absolutista feudal en la segunda mitad del siglo XVIII.

8. El concepto de “hegemonía política y ética” expresado por Gramsci, que una clase social oprimida debe establecer dentro de una sociedad antes que pueda tomar el poder político, expresa bastante bien esta posibilidad. (*El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1961, pp. 20-30 y 33-45; y también en *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1962, p. 230.) Este concepto de hegemonía ha sido criticado o modificado por muchos teóricos marxistas. Véase, por ejemplo, Nicolás Poulantzas, *Poder político y clases sociales*. Ed. Siglo XXI, México, 1970, pp. 210-22. Con respecto a la importancia de la totalidad del consenso social con los fundamentos materiales y morales del poder de la clase burguesa, véase José Ramón Ricalde, *Integración y lucha de clases en el neocapitalismo*. Ed. Ciencia Nueva, Madrid, 1968, pp. 152-57.

9. Esto lo expresan Marx y Engels cuando dicen que “la revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que derriba* salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre bases nuevas”. (*La ideología alemana*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1968, p. 82.) También en la siguiente observación de Marx contra la minoría de Shapper durante 1850 en la Liga Comunista: “La minoría sustituye un enfoque dogmático por uno crítico, y al idealismo por el materialismo. Para ésta la fuerza motriz de la revolución es meramente una fuerza de voluntad y no las condiciones reales. Nosotros, al contrario, les decimos a los obreros: ‘Tendrán que pasar quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y luchas populares no sólo para cambiar las condiciones, *sino también para que cambien ustedes* y puedan ser capaces de ejercer el poder político. En cambio ellos dicen: ‘Si no podemos tomar el poder de inmediato, es mejor irnos a dormir.’” (Karl Marx, *Entbüllungen Ueber den Kommunistenpro-zess zu Köln*. Ed. Buehandlung Vorwartz, Berlín, 1914, pp. 52-53.)

10. Señala Lenin: “Y nuestro sabio no se percató de que, precisamente durante la revolución, nos harán falta los resultados de la lucha teórica contra los críticos para luchar resueltamente contra sus posiciones *prácticas*.” (*¿Qué hacer?* en *Obras escogidas*, Moscú, s.f., t. 1, p. 276.) Cuan trágicamente se probó esto diecisiete años más tarde en la revolución alemana.

11. Con respecto a esto, en *¿Qué hacer?* Lenin contrasta a los obreros “socialdemócratas” y “revolucionarios” con los obreros “atrasados”.

12. N. Bujarin, *Theorie des Historischen Materialismus* (publicado por la Internacional Comunista, 1922), pp. 343-45:

“En primer lugar, las condiciones económicas habían transformado la masa del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado en esta masa una situación común, unos intereses comunes. Así, esta masa constituye ya una clase frente al capital, pero no lo es todavía por sí misma. En la lucha, algunas de cuyas fases hemos señalado, esta masa se une, se constituye en clase por sí misma. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase a clase es una lucha política.” (Marx, *Miseria de la filosofía*. Ed. Nacional, México, 1966, p. 396.)

13. Cf. la sección “Programa de Erfurt” del SPD, que no fue criticada por Engels, en el que el proletariado es descrito simplemente como la clase de los asalariados separados de los medios de producción y condenados a vender su fuerza de trabajo, y en el cual la lucha de clases es descrita como la lucha objetiva entre explotados y explotadores en la sociedad moderna (es decir, sin relación con el grado de organización o conciencia de los asalariados). Después de este hecho objetivo, que se establece en las primeras cuatro secciones, continúa el siguiente agregado a la conclusión del cuerpo general del programa:

“La tarea del partido socialdemócrata es la de modelar esta lucha de la clase obrera en una lucha consciente y homogénea y señalar cuál es la naturaleza de su meta esencial.” Esto viene una vez más a confirmar explícitamente que puede haber clases y lucha de clases en la sociedad capitalista sin que la clase obrera en lucha esté consciente de los intereses de su clase. Más adelante, en la octava sección, el programa habla de los “obreros de todos los países conscientes de su clase” y Engels propone un cambio que subraya de nuevo el hecho de que él hizo una distinción definitiva entre los conceptos “objetivo” y “subjetivo” de clase: “En vez de ‘conscientes de su clase’, que para nosotros es una abreviación fácil de entender, diría (en beneficio del entendimiento general y de la traducción a lenguas extranjeras) ‘obreros saturados con la conciencia de la situación de su clase’, o algo por el estilo.” (Engels, “Zur Kritik des sozialdemokratischen Programmentwurfs 1891”. Marx-Engels, *Werke*. Ed. Dietz-Verlag, Berlín, 1963, Band 22, p. 232.)

14. Dice Lenin: “Naturalmente, la condición fundamental de este éxito fue que la clase obrera, cuyos mejores elementos crearon la socialdemocracia, se diferencia en virtud de causas económicas objetivas, de todas las demás clases de la sociedad capitalista por su mayor capacidad de organización. Sin esta condición, la organización de revolucionarios profesionales sería un juego, una aventura. . .” (*Obras completas*. Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960; t. XIII, p. 97.)

15. Para contradecir este punto de vista, muchos críticos del concepto leninista de la organización (comenzando con el artículo de Plejánov, “Centralismo o bonapartismo”, en *Iskra*, n. 70, verano de 1904), citan un pasaje de *La Sagrada Familia*. El pasaje afirma: “Y cuando los escritores socialistas asignan al proletariado este papel histórico-universal, no es, ni mucho menos, como la crítica crítica pretexta creer, porque consideren a los proletarios como *dioses*. Antes al contrario, por llegar a su máxima perfección práctica, en el proletariado desarrollado, la abstracción de toda humanidad y hasta la apariencia de ella; por condensarse en las condiciones de vida del proletariado todas las condiciones de vida de la sociedad actual, agudizadas del modo más inhumano; por haberse perdido a sí mismo el hombre en el proletario, pero adquiriéndose, a cambio de ello, no sólo la conciencia teórica de esta pérdida, sino también, bajo la acción inmediata de una penuria absolutamente imperiosa —la expresión práctica de la necesidad—, que ya en modo alguno es posible esquivar ni paliar, el acicate inevitable de la

sublevación contra tanta inhumanidad: por todas esas razones, puede y debe el proletariado liberarse a sí mismo. Pero no puede liberarse a sí mismo sin abolir sus propias condiciones de vida. Y no puede abolir sus propias condiciones de vida sin abolir todas las inhumanas condiciones de vida de la sociedad actual, que se resumen y compendian en su situación. No en vano el proletariado pasa por la escuela, dura, pero forjadora de temple, del trabajo. No se trata de lo que este o aquel proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, pueda representarse de vez en cuando como meta. Se trata de lo que el proletariado es y de lo que está obligado históricamente a hacer, con arreglo a ese ser suyo. Su meta y su acción histórica se hallan clara e irrevocablemente predeterminadas por su propia situación de vida y por toda la organización burguesa actual. Y no hace falta detenerse aquí a exponer cómo gran parte del proletariado inglés y francés es ya consciente de su misión histórica y laboral constantemente por elevar esta conciencia a completa claridad.” (Ed. Grijalbo, México, 1958, pp. 101-102.) Aparte del hecho que en 1844-45 Marx y Engels difícilmente estaban en condiciones de producir una teoría madura de la conciencia de clase proletaria y de la organización proletaria (para llegar a estar conscientes de ello, necesitamos únicamente comparar la última oración de la cita anterior con la que Engels escribió 40 años más tarde acerca de la clase obrera inglesa), estas líneas dicen exactamente lo contrario a lo que Plejánov lee en ellas. Únicamente afirman que la situación social del proletariado lo prepara para la acción revolucionaria radical, y que la determinación del objetivo socialista general (la abolición de la propiedad privada) está “prescrita” por sus condiciones de vida. Sin embargo, de ninguna manera indican que las “condiciones inhumanas de vida” del proletariado lo capaciten misteriosamente para asimilar “espontáneamente” todas las ciencias sociales. ¡Todo lo contrario! (Con respecto al artículo de Plejánov, ver *Plekhanov* de Samuel H. Barón. Stanford University Press, Stanford, 1963, pp. 248-53.)

16. Hoy está casi olvidado el hecho de que el movimiento estaba basado en gran medida en estudiantes e intelectuales, y que hace cerca de tres cuartos de siglo se enfrentaban a un problema similar al que sufre la intelectualidad revolucionaria actual. Similar pero, por supuesto, no idéntico: en la actualidad existe un obstáculo adicional (las organizaciones reformistas dentro de la clase obrera), como también existe una fuerza adicional (experiencia histórica, incluyendo la experiencia de grandes victorias que desde entonces ha asimilado el movimiento revolucionario).

En el *¿Qué hacer?* Lenin habla explícitamente de la capacidad de los intelectuales de asimilar “el conocimiento político”, es decir, el marxismo científico.

17. Cf. Karl Marx, *Miseria de la filosofía* (ed. cit.) Una descripción asombrosa de las diferentes formas primarias de sindicatos y de cajas de resistencia de los obreros puede ser encontrada en *The Making of the English Working Class* de E. P. Thompson (Penguin Books, Baltimore, 1968).

18. La naturaleza necesariamente discontinua de las acciones de masas es explicada por las mismas condiciones de clase del proletariado. Mientras una acción de masas no logre derrocar al modo de producción capitalista, su duración será limitada por la habilidad financiera, física y mental de los obreros para resistir la pérdida de salarios. Es obvio que esta capacidad no es ilimitada. Negar esto sería negar las condiciones de vida materiales de la existencia del proletariado, que lo obligan como clase a vender su fuerza de trabajo.

19. Ver algunos ejemplos del sindicato de los obreros metalúrgicos de Alemania en *Fünfundsiebzig Jahre -Industriewerkschaft Metall* Ed. Europäische Verlaganstalt, Frankfurt, 1966, pp. 72-78.

20. No podemos aquí describir detalladamente las diferencias entre una situación prerrevolucionaria y una situación revolucionaria. Simplificando el problema, podríamos diferenciarlas de esta manera: mientras que una situación prerrevolucionaria se caracteriza por luchas de masas que amenazan *objetivamente* la continuidad en la existencia del orden social, en una situación revolucionaria esta amenaza toma la forma, organizativa, en la que el proletariado establece los organismos de control dual (es decir, órganos potenciales para el ejercicio del poder por la clase obrera), y *subjetiva*, en donde las masas enarbolan directamente demandas *revolucionarias* que la clase dominante no puede ni rechazar ni aceptar.

21. Ver más adelante los orígenes leninistas de esta estrategia.

22. Rosa Luxemburgo, “Organizational Question of Social Democracy”, en la edición de Mary Alice Waters, *Rosa Luxemburg Speaks*. Ed. Pathfinder Press, Nueva York, 1970, pp. 112-30.

23. *Lenin, ¿Qué hacer?*, en *Obras escogidas*. Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, s.f., t. I, pp. 183-84.

24. Para ver la relación entre este plan con la revolución véase *¿Qué hacer?*, op. cit., t. I, pp. 282-83. Es verdad que en el *¿Qué hacer?* existen también reglas *organizativas* para la centralización, pero están determinadas exclusivamente por las condiciones impuestas *por la clandestinidad*. Lenin recomienda el más amplio “democratismo” para los partidos revolucionarios “legales”: “El control general (en el sentido literal de la palabra) de cada uno de los pasos del afiliado al partido a lo largo de su carrera política, crea un mecanismo de acción automática, cuyo resultado es el que en biología se llama ‘supervivencia de los mejor adaptados’. Y la ‘selección natural’, producto de la completa publicidad, del carácter electivo y del control general, asegura que, al fin y al cabo, “cada dirigente ‘quede en su sitio’, se encargue de la labor que mejor concuerde con sus fuerzas y con sus aptitudes, experimente sobre sí mismo todas las consecuencias de sus errores y demuestre ante los ojos de todos su capacidad de reconocer sus faltas y de evitarlas.” Ibid, p. 244.

Por su parte Luxemburgo, dentro de su partido polaco, que fue definido también por sus restricciones altamente

conspirativas, practicó (o aceptó) un centralismo no menos estricto que el de los bolcheviques (el conflicto con la fracción de Rádek en Varsovia y los cargos tan serios hechos en contra de ésta).

25. Mary-Alice Waters ed., *Rosa Luxemburg Speaks*, ed. cit., p. 118.

26. Consultar para esto a David Lane, *The Roots of Russian Communism* (Assen: Van Gorcum and Co., 1969). Lane ha intentado analizar la composición social de la membresía de la socialdemocracia rusa y de las facciones bolchevique y menchevique entre 1897 y 1907 con base en datos empíricos. Llegó a la conclusión de que los bolcheviques contaban con más miembros obreros y activistas que los mencheviques (pp. 50-51).

27. “Generalmente hablando es innegable que una fuerte tendencia hacia la centralización es inherente a los movimientos socialdemócratas. Esta tendencia resulta de la constitución económica del capitalismo que es esencialmente un factor centralizante. El movimiento socialdemócrata lleva a cabo su actividad dentro de la gran ciudad burguesa. Su misión es representar, dentro de las fronteras del Estado nacional, los intereses de clase del proletariado, y opone esos intentos comunes a todos los intentos locales y de grupo.

“Por lo tanto, la socialdemocracia es, por regla, hostil a cualquier manifestación de localismo o federalismo. Lucha por unir a todos los obreros y organizaciones obreras en un solo partido, no importando las diferencias nacionales, religiosas u ocupacionales que existen entre ellos.” (*Rosa Luxemburg Speaks*, ed. cit., p. 116.)

28. Cf. la tesis expuesta por André Gorz, en la cual un nuevo partido sólo puede ser creado “de abajo hacia arriba” una vez que la red de fábricas y de grupos de base “se extienda sobre todo el territorio nacional”. (“Ni Trade-Unionists, ni Bolcheviks”, *Les Temps Modernes*, octubre 1969). Gorz no ha entendido que la crisis del Estado burgués y del modo de producción capitalista no se desarrolla gradualmente “desde la periferia hasta el centro”, sino que es un proceso discontinuo que tiende hacia una prueba de fuego una vez que alcanza un punto decisivo y definido. Si la centralización de los grupos revolucionarios y de los combatientes no se lleva a cabo a tiempo, únicamente facilitará los intentos de la burocracia reformista por dirigir el movimiento dentro de los canales aceptables —al mismo tiempo que sucedía esto en Italia Gorz escribía su artículo. Esto a su vez condujo rápidamente a un revés para los grupos de “base”. No condujo de ninguna manera, a su expansión por todo el país.

29. Cf. el artículo de Rosa Luxemburgo sobre la fundación del Partido Comunista Alemán, titulado “La Primera Convención”: “Las tropas de asalto revolucionarias del proletariado alemán se han unido en un partido político independiente.” (*The Founding Convention of the Communist Party of Germany*. Ed. Europäische Verlagsgesellschaft, Frankfurt, 1969, p. 301.) “Desde ahora es una cuestión de reemplazar en todos lados las ‘poses’ revolucionarias por convicciones revolucionarias irreversibles, lo espontáneo por lo sistemático.” (p. 303.) Véase también (p. 301) el pasaje de un folleto escrito por Luxemburgo, *¿Qué quiere la Liga Espartaco?*: “La Liga Espartaco no es un partido que busca llegar al poder sobre o con la ayuda de las masas trabajadoras. *La Liga Espartaco es sólo la parte del proletariado que está consciente de su meta*. Es aquella parte que, a cada paso, señala a las masas obreras como un todo su tarea histórica que, a cada etapa separada de la revolución, representa el objetivo socialista fundamental y, en todos los problemas nacionales, representa los intereses de la revolución proletaria mundial.” (Subrayado nuestro.) En 1904 Luxemburgo aún no había entendido la esencia del bolchevismo que “esa parte del proletariado que está consciente de su meta” debe ser organizada *separadamente* de las “grandes masas”.

El hecho de que tan pronto como Luxemburgo adoptó el concepto del partido de vanguardia ella también fue acusada por los socialdemócratas (socialdemócratas de “izquierda en aquel entonces”) de querer “la dictadura sobre el proletariado”, es una confirmación completa de nuestra tesis. (Max Adler, “Karl Liebknecht und Rosa Luxemburg”, *Der Kampf*, febrero de 1919, vol. XII, n. 2, p. 75.)

30. León Trotsky, *Nos taches politiques*. Ed. Fierre Beifond, París, 1970, pp. 123-29.

31. *Ibid.*, P. 125.

32. *Ibid.*, p. 186.

33. León Trotsky, *Clase, partido y dirección*. Liga Obrera Marxista, México, 1964, pp. 23-26. (Subrayados nuestros.)

34. Numerosos ejemplos de esto pueden ser mencionados. Véase, entre otros, Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. X, pp. 359-65; t. XVIII, pp. 520-21; t. XIX, pp. 35-39, 45-46.

35. La imposibilidad de la concentración “espontánea” de los elementos de vanguardia revolucionaria a escala nacional fué demostrada con particular claridad durante la huelga general de mayo de 1968 en Francia.

36. No obstante, aquí también estas formas independientes de organización fueron incapaces, en ausencia de una vanguardia revolucionaria organizada que hubiera llevado a cabo el trabajo preparatorio necesario, de neutralizar, ya no digamos despedazar, la centralización conservadora de los aparatos sindicales y del Estado, y de los mediadores.

37. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*. Ed. Tilcara, Buenos Aires, 1963, p. 15.

38. Consultar, entre otros, a Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*. Ed. Grijalbo, México, 1969, pp. 201-31.

39. La defensa de los intereses políticos especiales y materiales de estas burocracias, no obstante, es la superestructura social sobre la cual se erige la superestructura de esta autonomía y sus residuos ideológicos.

40. *Rosa Luxemburg Speaks*, ed. cit., p. 121.

41. León Trotsky, “Resultados y perspectivas” en *La revolución permanente*. Merit Publishers, Nueva York, 1969, p. 114.

42. Por ejemplo, el desprecio satírico de Clara Zetkin hacia el Comité Ejecutivo del SPD (como también hacia la falta de carácter de Kautsky), que expresó en su correspondencia concerniente a la censura de la dirección del partido en 1909 de la publicación de *El camino del poder*, de Kautsky (Ed. Grijalbo, México, 1970); en contraste con el respeto mostrado por Lenin hacia Kautsky el mismo año.

43. Lenin, “Des Zusammenbruch der II Internationales”, en Lenin y Zinóviev, *Gegen den Strom* (publicado por la Internacional Comunista en 1921), p. 164.

44. *Ibid.*, p. 165.

45. Lenin, *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, en *Obras escogidas*. Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, s.f., t. III, pp. 367-456.

Véase también el pasaje mencionado del panfleto *¿Qué quiere la Liga Espartaco?*, escrito por Rosa Luxemburgo. Esta conclusión fue superior a la de Trotsky en 1906 o la de Luxemburgo misma en 1904. En vista del conservadurismo creciente por parte del aparato de la socialdemocracia, tenían ilusiones acerca de la habilidad de las masas para resolver el problema de la toma del poder únicamente con la ayuda de su fervor revolucionario. En *“La huelga en masa, partido y sindicatos”* (Ed. Capricornio, México 1969), Luxemburgo llega a trasladar el problema temporalmente hacia los “desorganizados”, es decir, la sección más pobre del proletariado que por primera vez obtiene conciencia durante una huelga en masa. Lenin, en sus escritos posteriores a 1914, también explícitamente contrasta estas masas con la “aristocracia obrera”, de manera demasiado simplificada en mi opinión. En ese tiempo los obreros de las grandes plantas de procesado de acero y metal, entre otras, pertenecían a los sectores desorganizados del proletariado alemán, y mientras que *en masse* tendieron hacia la izquierda después de 1918, ya no pertenecían a las capas “más pobres”.

46. Esta llamada crisis general del capitalismo, es decir, el inicio de la época histórica de la decadencia, no debe ser confundida con la crisis coyuntural, es decir, crisis económicas periódicas. Estas han acaecido durante el periodo del surgimiento del capitalismo así como durante su decadencia. Para Lenin, la época que comienza con la primera Guerra Mundial es la “era del comienzo de la revolución social”. Consultar, entre otros, *Gegen den Strom*, (*Contra la corriente*, escrito junto con Zinóviev), op. cit., p. 393.

47. Sin duda alguna es aquí en donde se encuentra la mayor debilidad de esta teoría fatalista. De la tendencia hacia una creciente autonomía, se deduce automáticamente *un peligro social*, sin incluir en su análisis la transmisión del poder social potencial y los intereses sociales específicos. La inclinación de los porteros y de los cajeros a desarrollar sus propios intereses no les da poder sobre los bancos y las grandes firmas —excepto el “poder” de robo, que es efectivo únicamente bajo condiciones muy específicas. Si el análisis de esa tendencia hacia la autonomía ha de tener un contenido social, entonces deberá ser acompañado por la definición de estas condiciones.

48. Las reglas formales del centralismo democrático son, por supuesto, parte de estos prerequisites. Estas reglas incluyen el derecho de todo miembro a estar completamente informado de las diferencias de opinión en la dirección; el derecho a formar tendencias y presentar puntos de vista contradictorios ante la membrecía antes de las elecciones de dirección y los congresos; la convocatoria regular de congresos; el derecho a revisar periódicamente las decisiones mayoritarias a la luz de experiencias posteriores, es decir, el derecho de las minorías de intentar periódicamente revocar las decisiones de la mayoría; el derecho de iniciativa política de la mayoría y los miembros de las minorías durante los congresos; etc.

Estas normas leninistas de centralismo democrático fueron formuladas de manera algo sorprendente en los estatutos del nuevo partido, trazados antes de agosto de 1968 en preparación del XIV Congreso del PC checoslovaco. Los defensores del centralismo burocrático reaccionaron con la invasión. De hecho, este regreso propuesto hacia las normas del centralismo democrático fue una de las “espinas” más importantes por parte de la burocracia soviética con respecto al desarrollo de los sucesos checoslovacos.

49. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*. Ed. Titarea, Buenos Aires. 1962, p. 329-60.

50. Entre los años de 1905 y 1907 el partido bolchevique fue educado en el espíritu de llevar a cabo la “dictadura democrática de los obreros y campesinos”, es decir, bajo el espíritu de una fórmula con atención concentrada en la alianza de un partido obrero y un partido campesino dentro del ámbito del capitalismo previendo, en otras palabras, un desarrollo capitalista de la agricultura y la industria rusas. Lenin se aferró a esta posibilidad hasta que ya estaba avanzado el año de 1916. Sólo en 1917 se dio cuenta de que Trotsky había estado en lo cierto desde 1905 cuando predijo que el problema agrario únicamente podía ser resuelto mediante la dictadura del proletariado y la socialización de la economía rusa.

Hartmut Mehringer (“Introduction Historique” en Trotsky, *Nos tâches politiques*, op. cit., pp. 17-18, incluso 34) está totalmente equivocado al vincular la teoría de organización de Lenin con esta estrategia específica de la Revolución Rusa, para explicarla en términos de papel “subordinado” (?) de la clase obrera en esta lucha, y al aplicar la teoría de Trotsky, de la extensión gradual de la conciencia de clase a la totalidad de la clase obrera, a la teoría de la revolución permanente. A pesar del hecho de que Mehringer da un esbozo inadecuado y erróneo de la estrategia revolucionaria de Lenin (Lenin apoyaba la *independencia absoluta de la clase obrera rusa* al oponerse a la burguesía rusa, y estaba totalmente a favor de que esta clase jugara un papel de dirección en la revolución); y a pesar del hecho de que, igual que Lenin, Luxemburgo rechazó como prematuro cualquier intento de establecer la dictadura del proletariado en Rusia como única meta de llevar a cabo las tareas históricas de la revolución burguesa (mientras que al mismo tiempo luchó en contra de la teoría leninista de la organización), nos parece obvio que la misma teoría de la revolución permanente (es decir, la tarea de establecer la dictadura del proletariado en un país subdesarrollado) puede ser captada con un mínimo de realismo sólo por medio de la más grande concentración de las tareas revolucionarias en general. Por lo tanto, no se aleja de la teoría leninista de la organización sino que se enfoca hacia ella. Ver al respecto el excelente panfleto de Denis Avenas, *Economía y política en el pensamiento de Trotsky* (Ed. Ligue Communiste, París, 1971).

51. “El folleto *¿Qué hacer?* subraya reiteradamente que la organización defendida por él tiene sentido sólo en ligazón con la verdadera clase revolucionaria, que se alza espontáneamente a la lucha.” (Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. XIII, pp. 97-98.) Lenin subraya el hecho de que la enfermedad de la existencia de un pequeño grupo puede ser superada únicamente a través de “la ampliación del partido con elementos *proletarios*, lo único que puede en relación con la lucha abierta de masas acabar con los restos del espíritu de círculo...” (Ibid., p. 98.)

52. Era en México, publicará pronto una antología nuestra titulada *Control obrero, consejos obreros y autogestión obrera* que intenta probar estas tesis. La edición francesa ha sido publicada por Maspero, París.

53. Para Lenin el “papel orientador del partido” en el sistema soviético es de índole política y no de sustitución. No es una cuestión de reemplazar a la mayoría en el soviét, de convencer de la coherencia de la política comunista. El “papel de la dirección del partido” ni siquiera es mencionado en su obra básica sobre los soviets, *El Estado y la Revolución*. Y si, en horas de gran confusión y guerra civil, algunas veces expresó agudos comentarios sobre las cuestiones tácticas, podemos encontrar argumentos en sus escritos en contra de los “soviets sin comunistas”, mas no encontramos argumentos en favor de los “comunistas sin soviets”.

54. (Georg Lukács (*Historia y conciencia de clase*, ed. cit., pp. 283 y ss.), está equivocado al pensar que descubre una de las raíces de la “teoría de la espontaneidad” de Luxemburgo en la “ilusión de la revolución política pura”. Aun en los países donde la importancia numérica y social del proletariado es tan arrasadora que el problema de los “aliados” resulta insignificante, la organización separada de la vanguardia sigue siendo absolutamente necesaria en una “revolución proletaria pura” debido a la estratificación del proletariado.

55. Un ejemplo llamativo es el de los maoístas chinos, para quienes un ala de su propio partido (incluyendo a la mayoría del Comité Central que dirigió a la Revolución China a la victoria) se dice estar compuesta de “defensores de la línea capitalista” —y aun llana y sencillamente “capitalistas”.

Para los bordiguistas italianos, la huelga general del 14 de julio de 1948, no tuvo nada que ver con la lucha de clases del proletariado porque los obreros estaban en huelga en defensa de un líder “revisionista” del PC, Togliatti.

Cf. también el hermoso planteamiento del espontaneísta francés Denis Anthier: “Cuando el proletariado no es revolucionario, no existe, y los revolucionarios no pueden hacer nada con él. No son ellos quienes, al asumir el papel de educadores del pueblo, serán capaces de crear la situación histórica en que el proletariado será lo que es; esto únicamente puede hacerse por el desarrollo de la sociedad moderna en sí.” (Prefacio a León Trotsky, “Rapport de la délégation sibérienne”. Ed. Spartacus, París, 1970, p. 12.) Esta cita también demuestra cuan claramente están relacionados el subjetivismo extremo y el objetivismo extremo. ¿Cómo se explica que a pesar de las grandes luchas no se haya alcanzado la victoria? “Las circunstancias son las culpables, las condiciones objetivas no estaban maduras.” Dentro de la máscara ultraizquierdista se puede divisar a los conocidos “espontaneístas” Karl Kautsky y Otto Bauer dando su aprobación moviendo sus doctas cabezas. Las ridículas conclusiones a las que este fatalismo extremo y este determinismo mecánico llevan, se esclarecen tan pronto como el “desarrollo de la sociedad moderna en sí” supuestamente nos explicará en términos concretos por qué en un momento dado la mayoría de la fábrica A y la ciudad B (mas no la fábrica o la ciudad D) están en favor de la dictadura del proletariado y en contra del reformismo. Y así, para bien o para mal, el resultado de la revolución depende de la respuesta a esta pregunta. Mientras que el “desarrollo de la sociedad moderna en sí” no arroje a *todas* las fábricas y a *todas* las ciudades al regazo de la revolución, los “educadores del pueblo”, de acuerdo con Anthier, se abstendrían supuestamente de violentar las “condiciones objetivas” tratando de ganarse a los obreros de C y D.

56. Este reproche en contra de Lenin y los leninistas fue hecho por los “economistas” rusos y lo han redescubierto los espontaneístas actuales.

57. Consultar sobre esta materia a Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*, ed. Cit.

58. Es interesante confirmar que después de la escisión de la socialdemocracia rusa hubo muchos más intelectuales, incluyendo a intelectuales profesionales revolucionarios, con los mencheviques que con los bolcheviques. Véase al respecto a David Lane, *The Roots of Russian Communism*, ed. cit., pp. 47-50.

59. David Lane también enfatiza la preponderancia de los bolcheviques en las ciudades con grandes fábricas y con una vieja clase obrera estabilizada. (Ibid., pp. 212-13.)

60. En su última obra (“Zum allgemeinen Verhältnis von wissenschaftlicher Intelligenz und proletarischen Klassenbewusstsein”, *SDS-Info*, n. 26-27, dic. 22, 1969), Hans-Jürgen Krahl extrajo “la” cita de Marx sobre este problema, que reproducimos aquí. (Proviene de la sección no incorporada de “Sechstes Kapitel, Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses” en el expediente al capítulo seis del libro 1 del primer volumen de *El Capital*, que fue publicado por primera vez, en los “Marx Engels Archiv” en 1933.) Nos gustaría dedicar este artículo, cuya intención es la de promover la discusión y un entendimiento con él, a este joven amigo que pereció tan trágicamente.

“Con el desarrollo de un sometimiento real del trabajo bajo el capital (o bajo el modo específico de producción capitalista), el verdadero funcionario en el proceso total del trabajo no es el obrero individual, sino una creciente capacidad social combinada para el trabajo, y las diversas capacidades para el trabajo, que se encuentran en competencia entre ellas y constituyen la máquina productiva en su generalidad, participan de muchas maneras diferentes en el proceso directo de la creación de mercancías —o, aún más precisamente en este sentido, productos— (algunos trabajan más con sus manos, otros trabajan con su cabeza, otros como directores, ingenieros, técnicos, etc., otros como supervisores, y otros más como obreros manuales ordinarios, o como ayudantes). Como resultado de esto, las funciones de la capacidad de trabajo irán aumentando la tendencia de ser clasificados en el concepto directo de trabajo productivo, mientras que aquellos que poseen esa capacidad serán clasificados bajo el concepto de obreros productivos, directamente explotados por el capital y subordinados a su proceso de consumo y producción.” (Karl Marx, *Resultate*. Ed. Neue Kritik, Frankfurt, 1969, p. 66.)

61. León Trotsky, *The Intelligentsia and Socialism*. Ed. New Park Publishers, Londres, 1969.

62. León Trotsky, “Die Entwicklungstendenzen des russischen Sozialismus”, en *Die Neue Zeit*, vol. XXVIII, n. 2, 1910, p. 862.

63. Ya en su primer libro en contra de Lenin (*Nos taches politiques*, op. cit., pp. 68-71, por ejemplo), Trotsky había emprendido un esfuerzo de representar a toda la polémica leninista en contra del “economismo” y de la “forma artesanal de organización” en el *¿Qué hacer?* como una discusión puramente académica, o en el mejor de los casos un intento de ganarse las mayores fuerzas de la intelectualidad pequeñoburguesa al partido revolucionario socialdemócrata. No entendió que era una cuestión de repeler la influencia revisionista pequeñoburguesa sobre la clase obrera. Su polémica en contra de Lenin de 1903 a 1914 se caracteriza por una subestimación de las consecuencias catastróficas del oportunismo para la clase obrera y el movimiento obrero. Sólo en 1917 pudo superar de una vez por todas esta subestimación.

64. August Bebel, *Briefwechsel mit Friedrich Engels*. Ed. Mouton and Co., La Haya, 1965, p. 465.

65. La única dificultad para la revolución les parecía el mentir como reacción necesaria en cualquier posible anulación del sufragio universal, según podría suceder en caso de guerra. Por otra parte, Luxemburgo tenía, consecuentemente con la cuestión de la lucha de masas, emprendido un intento consciente para perfeccionar las formas de lucha del proletariado por encima de las luchas económicas y electorales y ajustándose al ejemplo de la revolución rusa de 1905.

Todavía en la actualidad, Lelio Basso, en un interesante análisis (*Rosa Luxemburgs Dialektik der Revolution*, Fd. Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1969, pp. 82-83), intenta dar como la quintaesencia de la estrategia de Luxemburgo una reconciliación centrista entre las luchas cotidianas y los objetivos finales, los cuales se limitan a “agudizar las contradicciones” del desarrollo objetivo. El hecho es que no capta el profundo significado de la lucha de masas, y debido a este error no es necesario discutir aquí detalladamente ese texto.

66. Consultar la discusión del programa en el IV Congreso de la Internacional Comunista (*Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale*, publicado por la Internacional Comunista en 1923, pp. 404-48), en la que se concluye provisionalmente con la siguiente declaración de la delegación rusa firmada por Lenin, Trotsky, Zinóviev, Rádek y Bujarin: “La controversia sobre cómo deben formularse las demandas de transición y en qué parte del programa deben incluirse ha provocado una impresión totalmente errónea de que existe una diferencia de principios; por lo tanto, la delegación rusa confirma unánimemente que el esbozo de consignas de transición en los programas de las secciones nacionales y su formulación general así como la motivación teórica en la sección general del programa no debe interpretarse como oportunismo.” (Ibid., p. 542.) Trotsky, aparentemente, pasaba por alto tal estrategia en 1904 cuando escribió: “El partido se basa en la falta de conciencia del proletariado con la intención de instaurarse en el proletariado avanzado, elevando este nivel...” (*Nos taches politiques*, op. cit., p. 126.)

67. Cf. Georg Lukács (*Lenin*, Ed. Grijalbo, México, 1970, pp. 51-52) concluye correctamente a partir de consideraciones semejantes que el partido revolucionario leninista no puede “hacer” una revolución pero puede acelerar las tendencias que la encabezarán. Tal partido es al mismo tiempo productor y producto de la revolución, lo cual se suma a una resolución de las posiciones opuestas de Kautsky (“El nuevo partido debe preparar el camino para la revolución”) y Luxemburgo (“El nuevo partido debe crearse por la acción revolucionaria de las masas”).

68. Hans-Jürgen Krahl (op. cit., p. 13) estaba casi en lo correcto cuando reprochó a Lukács por su concepto idealizante de la falta total de conciencia del proletariado y lo acusa de poca habilidad para combinar el conocimiento empírico y la teoría abstracta —basada a su vez en la incapacidad para transmitir la teoría revolucionaria a las masas obreras. Sin embargo debería ser capaz de concluir, a partir de nuestro ensayo, que tal transmisión puede obtenerse completamente sobre la base del

concepto leninista de organización, el cual de hecho se apoya en lo más fundamental de este concepto, puesto que hace una profunda distinción entre la “enajenación parcial de la vida” y el proceso de alienación de la producción; sin embargo, está predispuesto por la tendencia marcusiana a ver “la enajenación del consumidor” como el problema contral y como resultado respecto a la “satisfacción civilizada de las necesidades”, la cual ostensiblemente hace posible el sistema neocapitalista para la masa obrera como un obstáculo en su camino para obtener conciencia de clase proletaria. Todavía el talón de Aquiles del modo de producción capitalista, más que nunca, debe ser buscado en el ámbito de la enajenación en el proceso de producción; solamente entonces puede comenzar una verdadera rebelión revolucionaria, como se demuestra con los sucesos de Francia e Italia, y con esto volvemos al proceso que hemos descrito de la formulación y transmisión de la conciencia de clase al describirlo nosotros como Krahl (y estamos convencidos, como Lenin y Trotsky), que no hay forma de substituir el ingenuo concepto del “partido omnisciente” por el de la evolución de la teoría revolucionaria como un proceso específico de movimiento permanente de la producción.

69. Karl Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, tercera tesis: “La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación distinta, olvida que las circunstancias se hacen cambiar precisamente por los hombres y que el propio educador necesita ser educado.” (Marx y Engels, *Tesis sobre Feuerbach*, en *Obras escogidas*, Moscú, s.f., tomo II, pp. 397-98.)

70. Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., p. 245.